PRISMA

REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &

ARIEL LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

AÑO III | Lima, á 1º de abril de 1907 | NUM. 35

U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

El descendimiento de la Cruz

(Del pintor L. Crosio)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

El último sermón del Rabí

(Según un Evangelio apócrifo)

AL P. J. ZULAICA.

CAPITULO.....

Y acercándose á Jerusalem, llegaron sobre el monte Olivar, donde se detuvieron. (1)

2. Y Jesús ocupando un lugar alto miró á los discípulos, que, agrupados, se disponían á escucharlo y habló así:

3. En verdad os digo que está cerca el tiempo en que el hijo del hombre allegue las promesas del Padre, y en que el dicho de los profetas tenga su cumplimiento, porque los días de la tribulación no están lejanos.

4. Oireis la hosanna del triunfo y luego el chasquido del látigo injusto, y sonarán las voces de alabanza, mientras á ocultas los confabuladores, de envidia amenazen de muerte al alabado.

5. Leereis en la Escritura que se dijo: "Nada hay perfecto bajo el sol", pues yo os digo bajo el sol nada hay seguro, y toda alegría tiene su tribulación y toda tribulación no aparece sola.

6. La paz no es llegada al espíritu sino en el reino de Dios, que no es de este mundo.

7. Mas en verdad os digo que el justo adelanta en la tierra el reino de Dios y no padece tribulación.

8. Oid otra vez de mi boca: Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de Dios, porque no muestran apego á las cosas del mundo, ni allegan riqueza, ni hacen como Esaú que por el plato de la golosina que vé entrega la herencia que no vé.

9. ¿Que sois criaturas débiles? ¿No pensais en

(1) S. Lucas Cap. XIX vers: 29.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

el día del juzgamiento? Allí no valdrá ni la fortaleza del filisteo, ni la riqueza del publicano ni la sabiduría engañosa del fariseo.

10. Delante de mi Padre sereis blancos como la nieve ó negros como los carbones, y estos colores los dará vuestra conciencia.

11. En verdad os digo: son llegados los tiempos de la tribulación y del escándalo y como los lirios del Sarón quemados por los calores de Nizán, serán los buenos hartos de la iniquidad de los perversos y de los prevaricadores.

12. Y los que escuchais absortos la palabra del hijo del hombre, hareis como los fariseos, que reciben la merced y calumnian al prójimo.

13. Jerusalem, Jerusalem, tus días están contados como están contados los de tu víctima.

14. "Como la gallina á sus hijuelos he querido congregar á tus hijos", (2) mas has sido revelde.

15. En verdad os digo que llegará día en que los favorecidos serán los ingratos y los olvidados serán los misericordiosos. Leereis en la Escritura que también se dijo: Honrad al huérfano, socorred al menesteroso, volved bien por bien y recompensad al que os hace favor.

16. No os contenteis con pagar el bien que se os hizo, ni volver el caudal que se os prestó cuarto por cuarto, denario por denario, eso hacen también los fariseos y ya éstos tuvieron su recompensa.

17. Haced lo que la nube de los cielos que arroja el agua que le presta la mar y con su lluvia fertiliza el valle y hace nacer el lirio del campo y la flor del Terebinto.

18. Y la flor y el lirio son más hermosos que Salomón con toda su grandeza, (3) porque en verdad os digo, esas flores nacieron de la gratitud de los cielos.

19. Consternados los que le seguían prorrumpieron en este grito: ¡Bendito sea el que viene en nombre de Dios!

20. En el rostro del Rabi apareció una lágrima; pero luego alzándose como el cedro que se eleva sobre el Olivete, extendió su dulce mirar sobre Jerusalem y habló ante el silencio y la paz de todos:

21. ¿Qué pensais de la vida eterna y del apego de vuestros corazones á las cosas de la tierra?

22. Ofreced á una caravana siriaca un manojo de lirios en cambio de un collar de perlas de Ofir, y hallareis las risas del vendedor, porque los lirios nada valen y crecen también en las faldas del Anti Lívano como en el Carmelo y el Sarón.

23. Y al sediento á quien falta sólo media jornada para llegar á la fuente, ofrecedle un cántaro de agua en cambio de todos sus camellos que llegan á cien, ese reirá como el siriaco.

24. El lirio no dura como la perla ni la sed existe junto al manantial. ¿Porque os mortificais por lo pasajero y no amais mejor lo que es eterno?

25. El justo que ama el reino de Dios hace como el buen mercader, que desprecia lo efímero por la verdadera riqueza, y piensa como el sediento que por corta jornada para llegar á la fuente no ha de perder cien camellos.

26. Y aun mejor piensa el justo, porque el reino de Dios no concluye, y allí nada hay perecedero ni que lleve defecto.

27. Pensad que la vida es un instante de instante y la eternidad no tiene fin en el tiempo.

28. ¡Oh! Bienaventurados los que escojeis la vida eterna, vivireis allí con vuestros propios espíritus.

29. Y toda la ciencia del sabio y toda la verdad que quiera hallar en su sabiduría, no le darán la satisfacción de espíritu y el recojimiento del justo.

30. Regeneraos y orad; mirad dentro de vosotros. Vuestro corazón lo hallareis como un abismo ó como una estrella.

31. Mas yo os digo: Orad, y amaos los unos á los otros. Allí teneis el principio del reino de Dios.

HORACIO H. URTEAGA.

Semana Santa de 1907.

(2) S. Mateo Cap. XXIII vers: 37.
(3) S. Mateo Cap. VI vers: 28 y 29.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Piedad

(Del pintor E. Kasparides)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Pacífico Peruana de América

Biblioteca Lima-Perú

Monseñor Angel María Dolci
Nuevo Delegado Apostólico en Lima

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

PARABOLA

Mi tío, el prior de los Camaldulenses, era hombre de muy buen humor, á pesar de vivir entregado á la lectura de viejas hagiografías, vetustos cronicones y apergaminados infolios, de los que sacaba datos para la historia de la Orden, que, desde hacía mucho tiempo, estaba escribiendo. Yo pasaba entonces por dolorosa crísis moral, debida no se si á la seriedad con que tomé ciertas lecturas filosóficas, ó al pesar que me produjo la muerte de mi Susana, una novia un poco diabólica que tuve, y á la que probablemente por eso, amé con pasión. Lo cierto es que tuve una racha de misticismo y acudí en confesión donde mi buen tío, quien, con gran afabilidad, descargó mi conciencia del peso de algunos miles de pecados, cometidos durante muchos años de descreimiento é impiedades. No se contentó mi buen tío con este aseo de mi alma, sino que, comprendiendo que mi estado moral y nervioso me ponían en peligro de caer en uno de estos dos abismos: la locura ó el suicidio, me llevó al convento á fin de que las lecturas piadosas, la meditación y la paz de la celda contribuyeran á devolverme la paz del espíritu. En un principio la tranquilidad conventual me permitió concentrarme, y fueron más agudos mis dolores y más mortificantes mis recuerdos y meditaciones. Pero, poco á poco la paz exterior fué invadiendo mi alma. Mi virtuoso tío acudío en las noches á la biblioteca del convento, en donde yo me había instalado, y entre la lectura de dos entrevesados capítulos, disertaba conmigo sobre alguna cuestión architeológica; me refería anécdotas y curiosidades históricas ó me hacía alguna relación mística con sus puntas de picardía profana. A los dos meses mi espíritu estaba ya curado y me parecían cortas las noches para escuchar la alegre charla de mi tío y sus claras y profundas disertaciones. No olvidaré decir que cada velada terminaba con una buena jícara de chocolate, como saben tomarlo todos los priores, toda vez que León Pinelo, teólogo y bibliófilo insigne, ha probado que el chocolate no quebranta el ayuno prescrito por el ritual para la Consagración. Después mi tío se iba á maitines.

Sin embargo de que de Susana no me quedaba sino un recuerdo melancólico de sus malignidades y de su amor extraño; sin embargo de que de mis negras meditaciones filosóficas sólo conservaba un dejo ligeramente amargo, tenía á veces recrudescencias, por obra y gracia de la luna ó de mi crónica dispepsia. Una noche me puse á porfiar á mi tío que Leibnitz había sido un solemne bellaco, al asegurar que este mundo era el mejor de todos los mundos posibles. En mi concepeo, Dios era un tirano cruel, que se complacía en las angustias de los hombres, y cualquier pelagatos que hubiera asesorado á Dios, le habría hecho indicaciones acertadas para hacer un mundo mejor. Entonces mi tío, después de sermonearme de lo lindo, llamarme sandio y desahogarse contra el siglo y los filósofos, y darle la gran tostada al archihereje Voltaire, me refirió la siguiente parábola:

Después de diez y nueve siglos de redención tuvo el Salvador la peregrina ocurrencia de dar un paseo por la tierra, con el objeto de ver en qué estado se encontraba el mundo bajo el imperio de las caritativas doctrinas que él había predicado, y de las que la Iglesia había quedado depositaria. Como era natural, había traído Jesús plenos poderes de su padre para hacer y deshacer, y hasta para repetir, si lo creía conveniente, la tragedia del Calvario. Jesús encontró esta tierra más pervertida y malvada que antes; sin gran trabajo habría encontrado muchos Judas que le vendieran y Pilatos que le condenaran de nuevo. Inmensa pena tuvo el buen Jesús al ver que su sacrificio había sido inútil. Pero comprendió que gran parte de la culpa de ese desastre, moral y del fracaso de la buena nueva se debía, ya á la solapada intoxicación de las almas, realizada por unos malos hombres llamados filósofos, ya á la errónea manera cómo habían popularizado sus doctrinas de fe, de piedad y de consuelo, algunos de los encargados de la propaganda evangélica. (Debo decirte que los Camaldulenses no estaban comprendidos entre éstos). En cierto modo los hombres no eran culpables, y por eso el corazón de Jesús se llenó de amargo desconsuelo y tierna compasión; y ni un momento fulguraron sus ojos azules un destello de cólera ó despecho. ¡Qué hacer! Nada: dejar que el mundo siguiera rodando y el demonio engulléndose las almas á más y mejor. No había remedio. Y dos lágrimas fueron á perderse entre los rizos de su barba castaña.

Jesús comenzó á ascender la montaña para lanzarse al cielo desde la cumbre, cuando encontró á un viejo ermitaño que recogía hierbas medicinales. El viejo, á pesar de sus setenta y ocho años, tenía muy buena vista, y se fijó en que las manos de ese joven estaban perforadas y en que algo como un nimbo de luz muy tenue circundaba su cabeza. Inmediatamente corrió, dejando su atado de hierbas sobre una roca, alcanzó al Salvador y se echó á sus pies derramando abundantes lágrimas.

—¡Ah, mi buen viejo, me has reconocido!—le dijo Jesús levantándole afablemente.—¿Qué gracia quieres que te haga?

—Para mí ninguna, Señor, pero sí para la humanidad.

—Bien quisiera yo llevarme á la humanidad al cielo, pero no es posible, anciano.... Están muy malogrados los hombres y me convertirían el cielo en un infierno.

—¡Oh, señor!,—siguió el anciano con candorosa ingenuidad,—la humanidad ha sufrido mucho por el pecado del primer hombre, que dió entrada al infortunio sobre la tierra. Si volvieras á ella tu mirada de perdón, volvería la felicidad á acariciar las almas; la fe y la ventura correrían como un río apacible por las conciencias, y se apaciguaría para siempre, al soplo de tu infinita misericordia, la tormenta espantosa en que muchos hijos tuyos sucumben y se hunden por una eternidad en los abismos del infierno.

—¡Pobre anciano! Eres el portador de las angustias humanas, de los arrepentimientos tardíos y de las plegarias de los desdichados..... Pero ¿no sabes acaso que el mal y el dolor son floraciones inevitables del pecado?

—¡Oh, señor!, pero tú podrías cegar una de las muchas fuentes del pecado.

Jesús no respondió. El viejo era testarudo y siguió exigiendo:

—Si suprimieras la enfermedad, Señor... la enfermedad engendra la desesperación, Señor, y ella es el asidero del demonio para conducir á las almas á su horrible imperio.

—Bien, compasivo anciano; voy á complacerte: desde hoy no habrá enfermedades. Dentro de algún tiempo nos veremos en este mismo lugar y me referirás cómo le va á la humanidad gozando de salud.

El cuerpo de Jesús se deshizo como un jirón de niebla súbitamente besado por un rayo de sol canicular, quedando en el espacio que ocupó su cuerpo un perfume superior al de todas las florestas. Desde ese día sanaron los enfermos de todos los hospitales, como por ensalmo; las heridas se cerraron inmediatamente; los médicos y boticarios se dedicaron á otras profesiones, y las Facultades de Medicina de todos los países se clausuraron por inútiles. La enfermedad llegó á ser una tradición, y la terapéutica se convirtió en un estudio de mera erudición, como el viejo sanscrito. La gente se moría dulcemente al

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

llegar á los noventa años. Pero el número de condenados no disminuyó.

Al cabo de algún tiempo volvieron á encontrarse Jesús y el ermitaño.

—¿Y bien, buen anciano?,—interrogó el Salvador con sonrisa enigmática, que iluminó su rostro melancólico con fulgores de bondadosa picardía.

—¡Oh, Señor!, los hombres se condenan lo mismo que antes; pero yo sé por qué es: es por la miseria, Señor; es por la miseria que se desesperan y condenan. Suprime la miseria, Jesús mío.

—Sea;—contestó Jesús.

Inmediatamente se llenaron de oro las gabetas de los comerciantes quebrados, que estaban á punto de suicidarse. Los árboles hacían alarde de derrochar sus frutos, y los campos de trigo dieron abundantes cosechas. Todo el mundo tuvo con qué satisfacer ampliamente sus necesidades, y Roschildt, por un capricho de archimillonario, ofreció obsequiar con la mitad de su fortuna al que le llevara un mendigo. ¡Qué deliciosa abundancia la de la tierra! Y sin embargo, en la teneduría del demonio la lista de ingresos permanecía inalterable.

Al año siguiente se repitió la entrevista.

—Señor, es el odio de unos hombres á otros lo que que les hace infelices y les arrastra al pecado y del pecado á la condenación. Si los hombres se vincularan por una confraternidad dulce y tranquila, si se sintieran instintivamente impulsados al mutuo amor, se habría salvado la humanidad. ¡Oh, señor, apaga con tu divino aliento la tea roja del odio, extingue la sangrienta llamarada de la guerra, y verás como el ángel de la felicidad cierra las puertas del infierno!

—Anciano, lo que me pides es más difícil... En fin, sea.

Desde ese día no hubo celos, porque los hombres se amaban y respetaban tanto, que no deseaban la mujer del prójimo y evitaban toda convergencia de amor. La pólvora adquirió la buena propiedad de no arder, y por consiguiente perdieron su objeto las fundiciones de cañones y las fábricas de armas de fuego. Las espadas y los puñales se volvieron quebradizos y se rompían al menor golpe; de modo, pues, que no habiendo ya el medio de hacer eficaz y activo un odio, éste tuvo que desaparecer, como desaparecería el sentido de la vista si desapareciera la luz. Era de verse como todos los hombres se hablaban y se acariciaban con sincera cordialidad. Todos los asuntos se arreglaban tan satisfactoriamente, que, cuando más, había que recurrir á los amigables componedores. Los abogados, jueces y escribanos tuvieron que dedicarse á dormir, para ocuparse en algo.

Durante varios años no volvió á aparecerse Jesús al buen ermitaño, ¿qué más podía desear éste para la humanidad? Era seguro que el demonio estaría mesándose los chamuscados cabellos y dando cornadas de impaciencia contra la puerta del infierno, puesto que era probable que nadie se condenaría ¿Quién iba á pensar en condenarse gozando de perfecta salud, sintiendo, como inefable caricia del alma, esa fraternidad universal, y para colmo de dichas la despreocupación del porvenir? Había pan, amor y salud para todos, y era indudable que en esta apacible y tranquila condición la vida sería una bendición de Dios... Pues, no, señor; á los tres años de esta vida los hombres se condenaban tanto como antes. Como nada se puede tener oculto, llegaron los hombres á saber que debían ese delicioso estado de fácil bienaventuranza á nuestro buen ermitaño, y un día enviaron delegados al anciano con una plegaria tan extraña que éste se horrorizó. Cuando estuvo solo, el ermitaño se puso á llorar de vergüenza y conmiseración hacia esa humanidad tan ingrata como ingobernable, tan insaciable como loca. Esperaba con tristeza y desconsuelo el día de la entrevista con el Señor. ¡Cuál no sería su asombro al entrar un día á su gruta y ver resplandeciente el cuerpo de un tosco crucificado que había en el fondo de su alcoba de piedra! La faz de Cristo tenía una expresión de cariñosa ironía. El ermitaño cayó en tierra acongojado por la humillación y el dolor.

—¡Señor, Señor,—murmuró,—muérame yo de vergüenza si volviera á interesarme por una humanidad tan ingrata é inicua; no hay salvación para los hombres: el vicio está muy arraigado en sus almas!

—¿Qué pasa, buen anciano? ¿No están contentos los hombres con la paz, la salud y la holgura?... No te desconsueles, que les concederé la nueva gracia que me pidas. Habla.

La vergüenza y sufrimiento del ermitaño crecieron.

—¡Oh, Señor!...

—Habla.

—Señor, los mortales de la tierra están desesperados con su felicidad y quieren que te dirija en su nombre esta plegaria: Señor, vuélvenos á nuestra primitiva condición de víctimas del mal y del dolor, porque ella es infinitamente preferible á esta buenaventuranza fácil, que extingue el deseo y que no es obra del esfuerzo.

—Tienen mucha razón los hombres,—respondió Jesús.

Esto era tan incomprensible para el ermitaño, que si lo hubiera escuchado de otros labios que no fueran los divinos, habría pensado que oía la más espantosa herejía. No se atrevió á interrogar, pero en sus labios palpitaba la pregunta.

—¿Por qué?,—prosiguió el Salvador, sonriéndose,—porque suprimiendo la enfermedad, la miseria y la lucha hemos creado, buen anciano, la inercia y el hastío; es decir, el mayor pecado y la mayor condenación.

Y nuevamente los tres suprimidos flagelos cayeron sobre la tierra.

CLEMENTE PALMA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

RUFAS

ALMAS QUE PASAN

AMADO NERVO ha escrito un nuevo libro, libro de cuentos al que ha llamado «Almas que pasan». Bastante familiares y conocidos son, entre nosotros, los versos de este bardo mejicano, de producción tan variada y de inspiración tan desigual.

Llamo variada á su producción, porque en ella al lado del lineamiento griego y pagano que bajo el azul recorta la figura de un sátiro: aparece el perfil misterioso y trágico del sombrío monarca del Escorial. Existe una innegable variedad en los tonos y en la compensión de sus temas. El tema religioso leyendo la Imitación de Cristo le comunica acentos de doloroso desengaño, de triste desesperanza, de infinita desolación. Su alma se hace hermana del alma austera y pálida de Kempis, el filósofo del desencanto y de la melancolía. En *Mi Saint Denis* su verso es vigoroso y vibrante con Pablo el apóstol, adusto y severo con Jerónimo el ermitaño, mórbido y femenino con Magdalena la pecadora, y también sabe ser sonriente y amable en *La Hermana agua*, dulce cantar que en el silencio fluye una emanación vagorosa y beatífica, místico himno á la naturaleza inspirado sin duda en aquel ferviente himno de amor que sabían entonar los labios de santidad y poesía del pobrecillo de Asís.

He dicho que es un artista desigual en sus obras. Basta leerle para comprender esta verdad, tiene composiciones huecas, artificiosas, forzadas en la rima y faltas de armonía y también las tiene flexibles, rítmicas y musicales.

Su libro «Almas que Pasan» es un puñado de cuentos casi todos líricos en los que se nota las condiciones ya enunciadas al hablar de su poesía. En este libro los hay tan pobres de pensamiento como: *El Dominio del Canadá*, tan faltos de verosimilitud psicológica como: *Lia* y *Raquel*, de gracia tan delicada como: *El fin de un Idilio* y de tan hondo y triste sentimentalismo como: *Los dos claveles*.

Los dos claveles, es la historia de un amor desgraciado idílico y trágico. Paco el niño precosmente imativo es un tipo curioso de inocente crueldad pasional, Antonia la humilde hija del cobrador don Basilio, un alma de resignación candorosa y sufrida, la madre de Paco con todas las preocuciones de la clase y todos esos orgullos pseudo-aristocráticos, don Basilio, tipo de hombres modestos y honorables; son los cuatro personajes de este cuento que más que cuento es una no novela corta.

Sin oscuras intrigas, sin recursos buscados, natural y sencillamente se desarrolla la acción. Paco y Antonia se aman sin saber lo que es el amor. El encuentra una rara voluptuosidad en hacer sufrir á su amada y amado Nervo hace la psicología de este niño curioso de sensaciones, haciendo nacer de la compasión el gérmen del amor; necesitaba, dice, adivinar una vida de tristeza para sentirse inclinado hacia ella. No gustaba de los corazones alegres «cuano el sol viene yo me voy». El autor de *Los dos claveles*, disfraza el innegable fondo de egoismo que seguramente había en el alma de Paco, diciendo que era un orgullo «de dar siempre y de nunca recibir».

Dejando de un lado la psicología del protagonista para entrar de lleno en la acción, diré que ella se inicia con el ingenuo amor de los dos niños. Luego Paco marcha á los Estados Unidos á continuar su instrucción y un largo viaje los separa. Cuatro años más tarde vuelve á su país natal vestido á la moda yanqui, aficionado á los sports, y, con concepto *práctico de la vida*.

Pero al fin potente é indomable triunfa la sinceridad de su sentimiento sobre el sajonismo y las ideas importadas. El amor por Antonia se alza avasallador, dominante, exclusivo. Amado Nervo en pinceladas felices nos reproduce el ambiente sereno y plácido de la poética casa de don Basilio, el encuentro de los amantes, el beso tímidamente robado, el clavel rojo símbolo y recuerdo de pasión.

Paco plantea á su madre el problema matrimonial; pero débil y sumiso se deja convencer por los ruegos y quejas de la señora y por la sonriente perspectiva de un viaje á Paris. Abandona México, y entretanto Antonia obediente acepta el marido que la madre de Paco le ofrece; es un mecánico trabajador y honrado al que pierden después la bebida y el juego. Sola y desgraciada, llena de hijos y de miseria la pobre muchacha enferma de muerte, Paco regresa diplomado de Europa. En su corazón no queda del pasado sino algo muy débil y muy vago con la vaguedad de una leyenda lejana. Echando mano de un recurso bastante vulgar hace el autor que se vuelvan á ver los dos amantes. Es en la habitación de Antonia, delante de su lecho de agonía donde tiene lugar la última entrevista. La escena de la despedida, en que ella sin un reproche ni una queja, sólo sabe pedirle á Paco, protección y amparo para la desolada horfandad de sus hijos es verdadera y conmovedora.

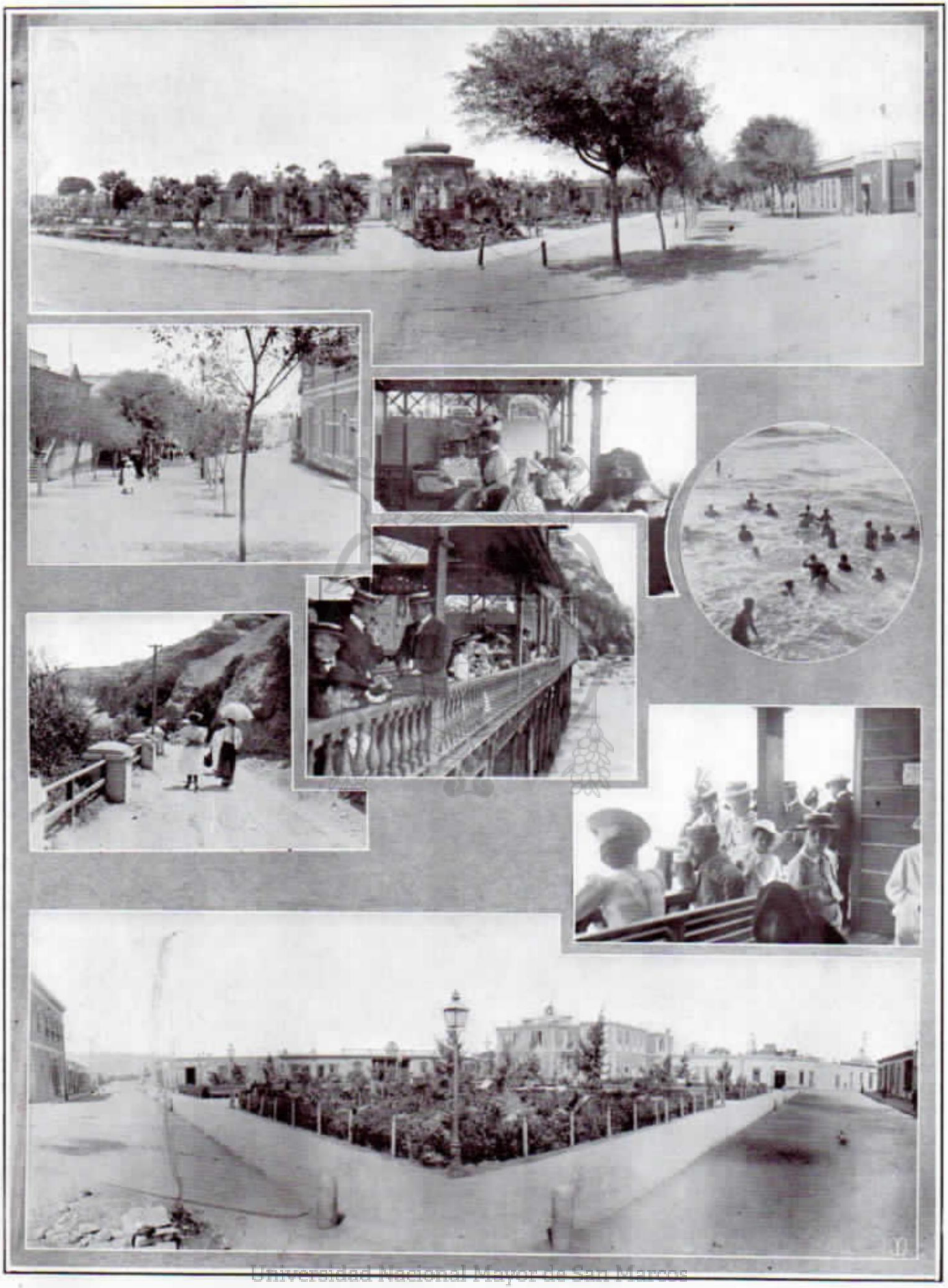
Y finalmente cüando Antonia entre sollosos adorna el ojal de la levita de su amante con un clavel de aquellos que un día fueron roja promesa y que ya solo pueden ser triste adiós ó humilde recuerdo, el sentimentalismo se desborda entre lágrimas.

De los dos claveles parece desprenderse un símbolo: el primero ardientemente arrebatado de los labios de una amada que sonríe es idéntico al otro ofrecido por la palidez de una mano temblorosa entre los angustiados sollosos de una moribunda. Los dos son iguales porque el fuego de una misma pasión los alimenta, los dos tienen el mismo aroma porque fueron regados por el mismo cariño y á pesar de los distintos significados que les dan las circunstancias, los dos tienen la misma vida porque es vida de amor.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

BALNEARIOS—En el Barranco



1 El parque y la avenida á Chorrillos.—2 El principio de la bajada.—3 En los baños.—4 En el mar.—5 La plataforma de los baños.—6 La bajada.—7 Viendo el baño.—8 La plaza Raymondi.

Foto. Lund

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

TRASLADO A JUDAS

CUENTO DISPARATADO DE LA TIA CATITA

Aun no hay causa tan mala que no deje resquicio para defensa, es lo que querían probar las viejas con la frase: «Traslado á Judas.» Ahora, oigan ustedes el cuentecito: fíjense en lo substancioso de él y no paren mientes en pormenores; que, en punto á anacronismos, es la narradora anacronismo con faldas.

Mucho orden en las filas, que la tía Catita tiene la palabra. Atención y mano al botón. Ande la rueda y coz con ella.

Han de saber ustedes, angelitos de Dios, que uno de los doce apóstoles era colorado como el ají y rubio como la candela. Mellado de un diente, bizco de mirada, narigudo como ave de rapiña y alicaído de orejas, era su merced feo hasta para feo.

En la parroquia donde lo cristianaron púsole el cura Judas por nombre, correspondiéndole el apellido de Iscariote, que, si no estoy mal informada, hijo debió ser de algún *bachiche* pulpero.

Travieso salió el nene, y á los ocho años era el primer mataperros de su barrio. A esa edad ya tenía hecha su reputación como ladrón de gallinas.

Aburrido con él su padre, que no era mal hombre, el echó una repasata y lo metió por castigo en un barco de guerra, como quien dice: «anda, mula, piérdete.»

El capitán del barco era un gringo borrachín, que le tomó cariño al pilluelo y lo hizo su pajecico de cámara.

Llegaron al cabo de años á un puerto; y una noche en que el capitán, después de beberse setenta y siete *grogs* se quedó dormido debajo de la mesa, su engreído Juditas lo desvalijó de treinta onzas de oro que tenía al cinto, y se desertó embarcado en el *chinchorro*, que es un botecito como una cáscara de nuez, y.... ¡la del humo!

Cuando pisó la playa se dijo: pies, ¿para qué os quiero? y anda, anda, anda, no paró hasta Europa.

Anduvo Judas la Ceca y la Meca y la Tortoleca, visitando cortes y haciendo pedir pita á las treinta onzas del gringo. En París de Francia casi le echa guante la policía, porque el capitán había hecho parte telegráfico pidiendo una cosa que dicen que se llama extradición, y que debe ser alguna trampa para cazar pajaritos. Judas olió á tiempo el ajo, tomó pasaje de segunda en el ferrocarril, y ¡abur!, hasta Galilea. Pero ¿adónde irá el buey que no are?, ó lo que es lo mismo, el que es ruin en su villa, ruin será en Sevilla.

Allí, haciéndose el santito y el que no ha roto un plato, se presentó al Señor, y muy compungido le rogó que lo admitiese entre sus discípulos. Bien sabía el pícaro que á buena sombra se arrimaba para verse libre de persecuciones de la policía y requisitorias del juez; que los apóstoles eran como los diputados en lo de gozar de inmunidad.

Poquito á poco fué el hipocritonazo ganándole la voluntad al Señor, y tanto que lo nombró limosnero del apostolado. A peores manos no podía haber ido á parar el caudal de los pobres.

Era por entónces no sé si prefecto, intendente ó gobernador de Jerusalen un caballero medio bobo, llamado don Poncio Pilatos el catalán, sujeto á quien manejaban como á un zarandillo un tal Anás y un tal Caifás, que eran dos bribones que se perdían de vista. Estos, envidiosos de las virtudes y popularidad del Señor, á quien no eran dignos de descalzar la sandalia, iban y venían con chismes y más chismes donde Pilatos; y le contaban esto y lo otro y lo de más allá, y que el Nazareno había dado proclama revolucionaria incitando al pueblo para echar abajo al gobierno. Pero Pilatos, que para hacer una alcaldada tenía escrúpulos de marigargajo, les contestó:— Compadritos, la ley me ata las manos para tocar ni un pelo de la túnica del ciudadano Jesús. Mucha andrómina es el latinajo aquel del *hábeas corpus*. Consigan ustedes del Sanedrín (que así llamaban los judíos al Congreso) que declare la patria en peligro y eche al huesero las garantías individuales, y entonces dense una vueltecita por acá y hablaremos.—

Anás y Caifás no dejaron eje por mover, y armados ya de las *extraordinarias*, le hurgaron con ellas la nariz al gobernante, quien estornudó *ipso facto* un mandamiento de prisión. Líbrenos Dios de estornudos tales *per omnia sæcula sæculorum. Amén*, que con *amén* se sube al Edén.

A fin de que los corchetes no diesen golpe en vago, resolvieron aquellos dos c as ponerse al habla con Judas, en quien por la pinta adivinaron que debía ser otro que tal. Al principio se manifestó el rubio medio ofendido y les dijo:—¿Por quién me han tomado ustedes, caballeros?—Pero cuando vió relucir treinta monedas, que le trajeron á la memoria reminiscencias de las treinta onzas del gringo, y á las que había dado finiquito, se dejó de melindres y exclamó:— Esto es ya otra cosa, señores míos. Tratándome con buenos modos, yo soy hombre que atiendo razones. Soy de ustedes y manos á la obra.

La verdad es que Judas, como limosnero, había metido cinco y sacado seis, y estaba con el alma en un hilo temblando de que, al hacer el ajuste de cuentas, quedase en transparencia el gatuperio.

El pérfiño Judas no tuvo, pues, empacho para vender y sacrificar á su Divino Maestro.

Al día siguiente y muy con el alba, Judas, que era extranjero en Jerusalen y desconocido para el vecindario, se fue á la plaza del mercado y se anduvo de grupo en grupo ganoso de averiguar el cómo el pueblo comentaba los sucesos de la víspera.

—Ese Judas es un pícaro que no tiene coteja—gritaba uno que en sus mocedades fué escribano de hipotecas.

—Dicen que desde chico era ya un peine—añadía un tarambana.

—Se conoce. ¡Y luego, cometer tal felonía por tan poco dinero! ¡Puf, qué ásco!—argüia un jugador de gallos con coracita.

—Hasta en eso ha sido ruin—comentaba una moza

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

de trajecito á media pierna.—Balandrán de desdichado, nunca saldrá de empeñado.

—¡Si lo conociera yo, de la paliza que le arrimaba en los lomos lo dejaba para el hospital de tísicos!—decía con aire de matón un jefe de club que en todo bochinche se colocaba en sitio donde no llegasen piedras.—Pero por las *aleluyas* lo veremos hasta quemado.

Y de corrillo en corrillo iba Judas oyéndose poner como trapo sucio. Al cabo se le subió la pimienta á la nariz de pico de loro, y parándose sobre la mesa de un carnicero, gritó:

—¡Pido la palabra!

—La tiene el extranjero—contestó uno que por la prosa que gastaba sería lo menos vocal de junta consultiva.

Y el pueblo se volvió todo oídos para escuchar la arenga.

¿—Vuesamercedes conocen á Judas?

—¡No! ¡No! ¡No!

—¿Han oído sus descargos?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Y entonces, pedazos de cangrejo, ¿cómo fallan sin oirlo? ¿No saben usarcedes que las apariencias suelen ser engañosas?

—¡Por Abraham, que tiene razón el extranjero!—exclamó uno que dicen que era regidor del municipio.

—¡Que se corra traslado á Judas!

—Pues yo soy Judas.

Estupefacción general. Pasado un momento gritaron diez mil bocas:

—¡Traslado á Judas! ¡Traslado á Judas! ¡Sí, sí! ¡Que se defienda! ¡Que se defienda!

Restablecida la calma, tosió Judas para limpiarse los arrabales de la garganta, y dijo:

—Contesto al traslado. Sepan vuesasmercedes que en mi conducta nada hay de vituperable, pues todo no es más que una burleta que les he hecho á esos mastuerzos de Anás y Caifás. Ellos están muy sí señor y muy en ello de que no se les escapa Jesus de Nazareth. ¡Toma tripita! ¡Flojo chasco se llevan, por mi abuela! A todos consta que tantos y tan portentosos milagros ha realizado el Maestro, que naturalmente debéis confiar en que hoy mismo practicará uno tan sencillo y de pipiripao como el salir libre y sano del poder de sus enemigos, destruyendo así sus malos propósitos y dejándolos con un palmo de narices, gracias á mí que lo he puesto en condición de ostentar su poder celeste. Entónces sí que Anás y Caifás se tirarán de los pelos al ver la sutileza con que les he birlado sus monedas, en castigo de su inquina y mala voluntad para con el Salvador. ¿Qué me decís ahora, almas de cántaro?

—Hombre, que no eres tan pícaro como te juzgábamos, sin dejar por eso de ser un grandísimo bellaco—contestó un hombre de muchas canas y de regular meollo, que era redactor en jefe de uno de los periódicos más *populares* de Jerusalén.

Y la turba, después de oír la opinión del Júpiter de la prensa, prorrumpió en un: ¡Bravo! ¡Brovo! ¡Viva Judas!

Y se disolvieron los grupos, sin que la gendarmería hubiese tenido para qué tomar cartas en esa manifestación plebiscitaria, y cada prójimo entró en casita diciendo para sus adentros:

—En verdad, en verdad que no se debe juzgar de ligero. Traslado á Judas.

RICARDO PALMA.

EL CHONTAL RENDIDO

Emperatriz azteca: ¡yo te amo! Tu hermosura
y sólo tu hermosura me llega, así, á vencer.
Lo que jamás pudiesen con toda su bravura
más de diez mil arqueros.... ¡lo puede una mujer!

Yo combatí, señora, cien días sin reposo:
rindióse al fin mi brazo, pero mi pecho no.
Fijé sobre cabezas mi planta de coloso;
y allí donde hubo un charco de sangre, estuve yo....

El águila del trono que pica la serpiente
se vino hasta mis lagos á un golpe de huracán:
sintiola el Momotombo llegar; irguió la frente;
¡y el águila no pudo posarse en el volcán!

En cambio, tú, señora, desteje mis guirnaldas;
humilla mis proezas de heroico paladín;
y luego que á tu gusto doblegues mis espaldas,
colócate sobre ellas en regio palanquín.

Escolta habrán de hacerte mis propias muchedumbres,
cuando sentada encima de mi vigor estés....
¡Ah! Déjame llevarte por selvas y por cumbres,
sintiendo en mis espaldas los golpes de tus pies!

Te llevaré hasta el lago donde luchara á solas;
y para que te asombres del que á tus pies está,
verás, entre los pliegues de aquellas turbias olas,
cadáveres de aztecas flotando aquí y allá....

Ahí flota el cadáver de tu menor hermano;
allá, el del sacerdote que en brazos te cargó...,
Ese es el de un Caudillo: ¡fué muerto por mi mano!
Ese otro es el de un Noble: ¡también lo he muerto yo!

Suspende un solo dedo, si quieres la venganza:
se rasgará mi vida cual rásgase un capuz;
y como aquí, en el pecho, me quebraré una lanza,
saldrá por esa herida ¡no sangre, sino luz!

En cambio, si asombrada de todas esas muertes,
por quien odió á los tuyos te dejas hoy amar,
te pasearás encima de mis espaldas fuertes
como una garza encima del lomo de un jaguar.

Cuarenta mil aztecas, con épico rüido,
por selvas y por cumbres, llegaron hasta aquí....
¿Y para qué, señora? Yo nunca me he rendido
á ejércitos de esclavos.... ¡pero me rindo á tí!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

VIAJE DE PLACER

El fértil valle de Chancay ha constituido durante la temporada de verano que termina una nueva vía para los turistas. Todos los domingos numerosos grupos de entusiastas excursionistas limeños y muchas familias de Ancón, se han embarcado por este puerto en el vapor «Chancay» decididos á gozar de las impresiones de un viaje de placer.

En el vapor "Chancay"

Huaral.—Calle principal

El itinerario de estos viajes ha sido casi siempre hasta Palpa; sin embargo algunos quedaban en Chancay ó los fundos vecinos, los otros en Huaral, población bastante comercial y donde todos los días feriados puede decirse constituyen una verdadera feria.

Las distinguidas familias que han ido hasta la hacienda «Palpa», han sido galantemente atendidas por el señor Alfredo Sachetti gerente de esa vasta é importante negociación que, puede decirse, ha devuelto la vida al fértil valle que nos ocupa.

Damas y caballeros después de hacer los honores al menú del almuerzo se dedican á visitar el fundo unos, y los otros á diversos entretenimientos y á visitar las casitas de los colonos allí establecidos.

Luego á la caída de la tarde todos después de haber gozado, de tener recuerdos de un día entretenido, se apresuran para tomar el puesto en el carrito de regreso al puerto, que constituye la última nota del día por el sistema de tracción que se emplea, más sencillo y primitivo que el trolley ó el vapor, pues se reduce á un pequeño impulso que imprime creciente velocidad al carro debida la fuerte gradiente de la línea. Así se regresa de un viaje de placer de Palpa á Chancay, en donde los paseantes toman de nuevo el vaporcito que les conduce á Ancón.

Casa de colonos numero 1

Vivero de Moreras para la cria del gusano de seda.

Salida de Palpa Foto. Land

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Amiga mía:

La otra tarde *me comí un pavo* atroz. Voy á referírtelo detalladamente, aunque sospecho que los apuros que pasé te hagan prorrumpir, no en una frase compasiva, sino en una de esas carcajadas tuyas, expontaneas y cristalinas que hacen sonreir al que la escucha. Es el caso que en un arranque de sociabilidad, bastante raro en mí, por cierto, resolví apurar el amargo cáliz de las visitas de etiqueta, y acompañada de mi hermana Pepita, que cumple los deberes que impone el traje largo con todo el entusiasmo de la novedad, estuve donde las X, las J y la S, hablando del calor, de los baños de la Punta, de los sombreros de la Merkel y de las ferias de la Catedral; fuimos, por último, á casa de la señora L., cuyo día de recepción era, y encontramos allí á una pareja de recien casados que ofrecía su flamante domicilio con cierto simpático orgullo infantil; á las H, frescas y bonitas, como un manojo de flores y á varios pollos elegantes que casualmente frecuentan los mismos sitios que ellas; á un respetable ex-ministro de barba gris y anteojos de oro, que figura en el directorio de varios bancos y sociedades de crédito; y á mi tía Mariana, impertérrita en su misión de visitar á todo el mundo, siempre tan atenta, tan cumplida.... y tan cargante la pobre señora. Cuando nosotras llegamos, se hablaba de novelas españolas, y á uno de los jóvenes se le ocurrió preguntarme cual era entre ellas mi predilecta, á lo que respondí que *Gloria*, la obra magistral de Galdós. ¡Nunca lo hubiera dicho! El ex-ministro, que es persona muy severa y *arreglada* me lanzó, á traves de las antiparras, una mirada de indignación y, erizadas las patillas de espanto, exclamó con voz trémola: «Pero esa no es lectura para señoritas!» Al oír esto, tía Mariana juntó las manos con ademán desesperado, la señora L. me miró con profunda conmiseración y hasta las H suspendieron su animado flirteo para decirme á coro: «Hija, por Dios! No leas esas cosas!» Tu sabes que soy muy poco nerviosa y que difícilmente pierdo la serenidad de ánimo y la frialdad de raciocinio, pero mi fatal propensión á ruborizarme por cualquier nimiedad me hace aparecer avergonzada y corrida cuando en mi interior estoy perfectamente tranquila, aunque renegando de la importuna manifestación física que me da el aspecto perturbado de una chiquilla cogida en falta; además, me causa verdadero malestar ponerme en evidencia, detesto con toda mi alma tratar, ante indiferentes, de mis ideas, de mis sentimientos y aún de mis simples gustos, así es que contesté con desabrimiento impertinente que cortaba en seco toda discusión, que lamentaba opinar lo contrario que el señor.... La dueño de casa se creyó obligada, por su calidad de tal, á zanjar diplomáticamente el asunto y, acariciándome las mejillas con aire protector, me dijo: «Hay obras muy apropiadas para las muchachas lectoras como tú; te voy á prestar la colección completa, en inglés, de Carlota Braemé.» ¡Carlota Braemé en su idioma, es decir, la seguridad de no librarme de un sólo incidente soporífero, ni siquiera de un terno de calificativos rimbombantes; pues jamás emplea menos de tres para cada sustantivo! La perspectiva me horrorizó y repliqué vivamente: «Ay, no señora, no se moleste usted, muchísimas gracias!»

¿No encuentras absurdos los prejuicios importantes respecto á la lectura permitida á la juventud femenina? Todo lo que no sea romances anodinos en los que la virtud, personificada en niñas cándidas y empalagosas, triunfa inevitablemente del mal, mediante el tan acreditado sistema de la bendición nupcial en el último capítulo, parece que atentaran contra el candor paradisiaco que se nos supone y que es incompatible con las costumbres actuales y con la simple lógica de la vida. Aunque sobre una naturaleza recta y bien equilibrada ningun libro ejerce influencia perniciosa, es claro que los que se leen en la primera juventud deben ser cuidadosamente seleccionados, pero con criterio elevado y amplio que busque en ellos el reflejo del mundo con sus miserias, sus dolores, sus hechos sus heroicidades, y no se encierre en el cartabón estrecho de una moral falsa, en abierta pugna con los nobles fueros del arte y la verdad.

Desde aquí te veo, burlona incorregible, lista á *tomarme* el pelo por la formalidad con que me ocupo de cuestiones tan árduas; pero si acatamos las leyes del buen gusto en todos nuestros actos ¿por qué no hemos de protestar del entronizamiento de lo cursi en las puras y altísimas regiones del pensamiento.

ARACELI.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

EL "REAL FELIPE"

LOS SITUADOS

I

Fué el Callao, desde antiguo, el puerto más importante del mar de Balboa, y el centro de una activa navegación.

Pocas eran, sin duda, las naves que á él acudían durante los cinco primeros años que siguieron al de la fundación de Lima; pero quien lea la relación anónima de las guerras civiles del Perú de 1543 á 1549, podrá apreciar el considerable número de navíos y bergantines que surcaban las aguas del Pacífico, teniendo en cuenta, que sólo el capitán Hernando Bachicao, con dos bergantines, apresó veinte navíos que trajo para ponerlos á órdenes de Gonzalo Pizarro.

El Valentino refiere que, en el año de 1555, no faltaban en el puerto de la ciudad, de veinte á veintidos buques.

Es padre jesuita Bernabé Cobo, que escribió la historia de Lima desde su fundación hasta el año 1629, afirma que serían hasta cien las naos que ordinariamente andaban en el trato de los puertos de esta mar del Sur, cuyos dueños eran, por la mayor parte, vecinos de Lima y del Callao, puerto en el cual se encontraban en todo tiempo, surtos, de cuarenta naves para arriba.

Algunas de estas embarcaciones, las de menor porte, se fabricaban en el Callao, pero la mayor parte se construían en Guayaquil, Tierra-firme, Nicaragua y Chile, que disponían de madera, en los bosques próximos á la costa.

La navegación y el comercio hubieron de sufrir mucho en la América del Sur, con las sucesivas invasiones de los piratas de diversas nacionalidades, durante los siglos XVII y XVIII.

Para evitar sus fechorías se prohibió, por alguno de los virreyes, la salida de los buques del puerto del Callao. Esta medida inconsulta, aparte de que no salvaba á las naves que se hallaban en viaje, produjo el resultado que habría producido un bloqueo del puerto, que era el de entrada y salida de todas las mercaderías, y tesoros; y, lo que es más, la escasez y encarecimiento consecutivo de los víveres: la miseria y el hambre.

Desde entonces se adoptó el recurso de que las naves mercantes navegasen en convoy, protegidas por las armadas en guerra, ya para la introducción de mercaderías y bastimentos en Lima; ya para el socorro de otras plazas; ya en fin, para la exportación de los productos del país, y de los tesoros del Rey y de los paaticulares.

En otra ocasión se le ocurrió al Rey de España ordenar que ningún buque mercante saliese del puerto, si no iba artillado y armado y con gente de guerra abordo, orden que fué imposible cumplir, pues, además de que rarísima era la nave capaz de soportar artillería, se ocasionaba un gasto excesivo á los navieros, á cubrir el cual no alcanzaban sus fuerzas, y la falta de hombres de mar y soldados expertos era tal, que ni aun había los necesarios para tripular y armar las naves de guerra de su magestad.

II

No eran sólo los piratas los que perturbaban la navegación en estos mares, desde San Blas hasta Valdivia, durante los años del coloniaje. El régimen de privilegios existente y las imposiciones del poder, hechas costumbre con el trascurso del tiempo, eran fuentes de otras gavelas no menos ruinosas que la acción de la piratería.

Puertos hubo que, constituídos, ó formando parte de una encomienda, de la que el Rey había hecho merced á un noble ó á un potentado, estaban cerrados á todo tráfico libre, siendo el encomendero ó el rematista el único que podía hacer el comercio por mayor y por menor, aprovechar del trabajo de los indios y extraer y vender el guano, si en las costas ó islas anexas á la encomienda existía ese abono.

Otra pensión que gravaba sobre los navieros, era la de la conducción de los situados á las plazas de Valdivia y Juan Fernández en el Sur y de Panamá en el Norte, conducción que se hacía cada año por uno de los buques de mayor tonelaje.

El situado era el contingente de víveres, ropa, armas, municiones y dinero que se remitían anualmente á dichas fortalezas para su sostenimiento; y para recabarlo y conducirlo, el jefe de las fortaleza de Valdivia y el de la de Panamá nombraban un comisionado, al que se llamaba *situadista*.

El dueño del navío conductor del situado para Valdivia y Juan Fernández recibía, por toda gratificación, once mil pesos de las cajas reales, la que resultaba mezquina, atendidos los gastos que había de hacer en un viaje, lleno de peligros, y que demandaba largo tiempo.

En efecto debía el naviero tomar la carga en playa; y esa carga era abundante, pues el situado que en diciembre de 1781 remitió el Superintendente General de Real Hacienda don Joseph Antonio de Areche á Panamá importó quinientos mil pesos. Embarcada la carga debía conducirla directamente al puerto de Valdivia para ser puesta en la playa; de ese puerto volvía al de Valparaíso para recojer el situado de víveres que allí debía estar listo y trasportarlo, en viaje de regreso, al mismo Valdivia; regresaba, por último, á Valparaíso, para llevar el contingente necesario para la isla de Juan Fernández.

Pesaba esta carga sobre los buques de gran porte, exclusivamente, viéndose libres de ellas las embarcaciones menores, lo que provocaba protestas, pues, fundándose el derecho del Estado para exigir ese servicio, en que las fortalezas estaban erigidas para la defensa de los puertos y de los mares contra los ataques de los piratas y enemigos del reino y en que los navieros eran los diferentes beneficiados; como esa protección se extendía también á las embarcaciones menores, los dueños de éstas debían contribuír á soportar el gravamen.

III

Para atender á esa obligación se acostumbraba que los oficiales reales notificasen, con seis meses de anticipación, al naviero cuyo buque debía conducir el situado; pero en 1781 no se hizo tal advertencia, y como el tiempo venía corto, algunos navieros hicieron junta y formaron una lista de turnos, ante dichos oficiales reales, á nave por año, para conducir los situados, comprometiéndose aquellos á pagar una indemnización ó multa de cuatro mil pesos al dueño de la embarcación que, sin tocarle el turno, hiciese el viaje en lugar de la suya.

Parece que en esa junta no jugaron limpio los más poderosos armadores, pues sin la asistencia de todos los del gremio, y sin sorteo, formaron la lista de turnos, en la que los asistentes figuraban de los últimos; pero eso sí: con la multa para el que en su turno no verificase el servicio.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Urgía la remisión del situado para Valdivia y la isla de Juan Fernández y el tiempo oportuno se estrechaba, sin que hubiera nave expedita, pues el designado para ese año, (1781) que lo era el «Sapayo», de don José Sandumbide, se hallaba en viaje, sin poderse señalar la fecha de su llegada; el de turno en el año siguiente de 1782, el «Aguila», de don Francisco de la Fragua, había salido á Guayaquil á carenarse en el astillero de ese puerto; por último para el año de 1783 se había designado al «San Juan Nepomuceno», de don Antonio Helme, que se hallaba en construcción con un gasto de más de ciento cuarenta mil pesos, y con licencia para ir á Guayaquil á armarse y proveerse de anclas, amarras y demás accesorios.

En tales circunstancias fondeó en el Callao, con productos de Chile, el navío «El Socorro», de propiedad del señor Conde de San Xavier y Casa Laredo, de la orden de Santiago, al que tocaba el turno en 1789.

—Ni caído del cielo, dijo don Agustín de Jauregui, Virrey entonces del Perú.

Ordenó éste que dentro de nueve días quedase listo el «Socorro», para conducir el situado de Valdivia.

Reclamó el Conde, aunque muy respetuosamente; impuso condiciones; y exigió indemnización de daños y perjuicios.

No hubo remedio. El virrey permaneció inflexible; conminó al Conde con multa, mandó apoderarse del navío, tripularlo y proveerlo, por cuenta del propietario, y el situado marchó á Valdivia en el «Socorro».

Tras del virrey manejaba el juego la siniestra personalidad de don Joseph Antonio de Areche, Visitador y Superintendente general de la Real hacienda.

IV

El siguiente documento aclara todo lo relativo al gravamen llamado «conducción del situado» asunto del que me he ocupado con alguna extensión, porque no he hallado que los que á los estudios históricos se dedican, hayan hecho uno respecto de él.

Dice así:

«Viendo con toda mi más gustosa veneración, la rectitud, tino y fortuna con que US. halla los fáciles medios de llevar sus providencias de un modo que á nadie le falte su justicia, al propio tiempo que la incomodidad que ha producido hasta ahora al Gobierno y á el cuerpo recomendable de navegantes el turno de conducción de situados, me ha parecido justo pasar á US. el expediente de esa materia, para que haciéndose instruír de él, así como del órden observado hasta el día y de su origen; y formando, si le pareciere conveniente, una junta de estos interesados, me exponga la mejor regla que se pueda tomar para lo sucesivo.

El turno enunciado, atendidas las dificultades y accidentes que hay ó puede haber para cumplirle, no creo que (sin otra adición) es suficiente medio. Los viajes contínuos de los buques, no siempre se pueden reglar ó proporcionar de un modo mismo, ó con sujeción al tiempo en que tengan que estar en el puerto para estas conducciones; y, además de esto, no todos los navíos de la suerte y de esta mar son capaces á veces para llevar los situados íntegros, que son cosas, que sin que yo se las apunte las tendrá US. muy á la vista en sus sabias meditaciones.

Si el Real erario no estuviera como conoce y siente US. con harto pesar, yo levantaría á los navegantes ó navieros ésta, que confieso puede ser pensión por el modo y cuotas de fletes de los tres viajes que tocan á cada uno de los numerados; pero soy obligado por ahora á dejarla seguir en ellos, no obstante que procuraré aliviarlos algún día, ó cuando la Real hacienda esté menos opresa que en la actualidad, fabricando ó construyendo á costa de ésta buques que lo hagan, cuya circunstancia confío, también se dignará US. hacerla presente á éstos, á fin de inspirarles conformidad y establecer el nuevo método que se pueda y deba elegir, con la idea de no turbar, siendo posible, los giros de sus buques, y tal vez sus particulares obligaciones contratadas ó formadas con antelación, según los estados en que US. y yo los podemos contemplar desde ahora, para cuando necesite el Rey usar de la providencia acordada hasta el día en esta materia de conducir situados por escala de navíos mayores de este comercio.

Del propio modo preveo, ya que he dicho navíos mayores, que US. traerá á su feliz penetración el que como he apuntado antes, no todos éstos son capaces de esta idea de conducción; que fuera de ellos hay otros menores con el mismo goce de navegantes, y que todos trafican, para que ya que no se hagan las conducciones con éstos por su corto buque, concurran á participar el gravamen que cargan los grandes, á fin de hacerlo menor; y, por último, omitiendo otras reflexiones que me harían molesto, si las intentase traer todas á este oficio, digo, que también reparará US. por si se pudiese dividir la pensión, que el navío de turno en el método presente, tiene que hacer tres viajes: uno desde el Callao á Valdivia con lo que saca de aquí para aquella plaza; otro redondo desde Valdivia á Valparaíso á llevar los víveres que van de Chile; y después, vuelve á tomar en el mismo Valparaíso los que se dirigen á la isla de Juan Fernández: Y si estos viajes se pueden dividir, como yo lo juzgo, y si con tiempo están avanzadas las órdenes de lo conducible, vendrá á ser cuasi nada ó de poco momento el gravamen.

Mientras yo ocupe la Superintendencia que sirvo puedo ofrecer que lo estarán, y acaso su práctica lo hará regla invariable, interin dure, ó haya que llevar los situados por el ante dicho turno de buques. Y con esto y cerrando mis consideraciones, deseo que US. conozca que me las dicta el mejor celo del servicio del Rey y público, á que US. mira tan heróicamente por el bien del Estado, tomándose la fatiga que le doy con este encargo, como que tampoco lleva más objeto.

Nuestro señor guarde á US. muchos años.

Lima, 15 de Enero de 1782.

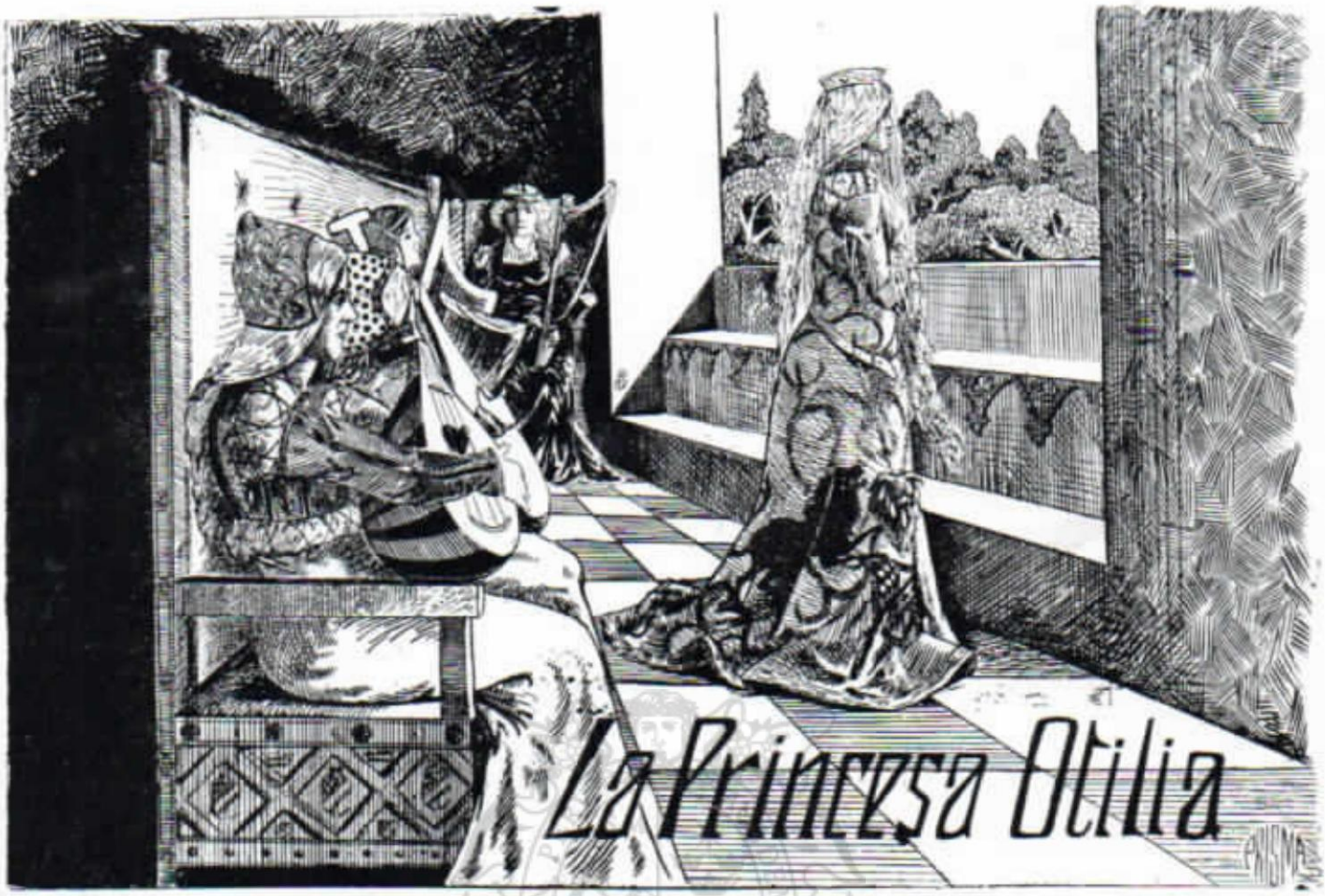
Jph. Antonio de Areche.

Al Real Tribunal del Consulado del Perú. (1)

[1] Documento inédito.

ANÍBAL GALVEZ.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



La joven se levantó maquinalmente de los cojines de seda pálida en los que puesta de codos soñaba y meditaba; y aproximándose á la alta ventana abierta, miró largo tiempo en dirección á la ciudad por entre rima de los follajes del parque real.

En la vasta cámara tapizada de seda, un grupo de camareras pulsaban dulcemente las cuerdas de las tiorbas y archilándes que la joven no escuchaba, porque la princesa Otilia era muda, muda de nacimiento, y sorda también, como acontece generalmente en estos casos; y aislada por su enfermedad hacía ya más de veinticinco años que vivía retraída sin otra comunicación con sus semejantes que algunos signos y gestos vagos comprendidos y adoptados á la larga por sus servidores. Constantemente triste la joven languidecía bajo sus largos vestidos de brocado azul, rameado de flores de oro ó bajo las túnicas de paño de seda violeta bordada de dragones verdes; colores ambos á los que tenía predilección. Estaba tan triste que nunca se la veía sonreír; y sus grandes ojos color de agua muerta, sin vida y sin expresión, brillaban bajo los párpados con la empañada irradiación de las piedras falsas.

Era Otilia la hija mayor del rey de Sicilia. Pobre criatura enferma, resultado de un matrimonio entre primos, de unas sombrías bodas políticas su nacimiento dió lugar al repudio de su madre.

El rey no amaba mucho á esta princesa de la mirada ausente y de la boca cerrada, cuya inmóvil y plácida belleza no se animaba nunca. La había hecho educar y habitar una parte aislada del palacio, lejos del bisnieto, [illegible] de la madre de Otilia. Era el príncipe un bello y

de la corte; y los follajes del parque interior rodeaban y ocultaban á todos la torrecilla de mármol rosa en el que la dulce Otilia había crecido y en donde comenzaba á marchitarse en medio de un tropel de sirvientes.

Esos torneos y las cortes de amor y, á falta de otras fiestas galantes, el espectáculo, siempre nuevo del mar y sus horizontes, el movimiento del puerto, la entrada y salida de las galeras deslizándose gallardamente sobre el agua, la turbulencia alegre del bajo pueblo á lo largo de los muelles y del canal, habrían acaso distraído á la doliente princesa; pero el rey tenía como vergüenza de la enferma: ella deshonraba su raza, y confinada á su torre de mármol y á su obscuro jardín, la pálida Otilia no salía de aquella sino muy rara vez para asistir á alguna real ceremonia en la que su prestigiosa belleza se imponía al pueblo. En esas ocasiones el rey consentía en mirar á su hija. Sentada en actitud hierática en medio de las músicas triunfales, del flamear de las oriflamas y del explendor del metal y las sedas, aparecía verdaderamente magnífica: la inmovilidad de su rostro era como un nuevo prestigio de realeza. Parecía nacida para imperar bajo el dosel sagrado, en medio de las nubes de incienso y las lluvias de flores de las fiestas litúrgicas, bajo las altas bóvedas de las catedrales. El orgulloso monarca bajo el oro las pedrerías y los pesados armiños de los mantos de ceremonia apenas si se dignaba reconocer á su hija. Pero estas ocasionias eran raras y de corta duración.

Todo el cariño del rey era para su hijo, para el príncipe tenido en su segundo matrimonio, después de la des-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

orgulloso mancebo de veinte años extravagante, lleno de fogocidad y de vigor, que escandalizaba la ciudad y el reino con sus caprichos, divertía al pueblo y asustaba á los burgueses con el fausto de sus queridas y favoritos.

Más raramente que á su padre veía la princesa Otilia á su jóven hermano. Poco aficionado á pasar un rato con una muda de miradas de fantasma y gestos de ensueño declaraba el delfín que prefería la sociedad de los vivos á la de las figuras pintadas de los frescos. Esta hermana eternamente grave y silenciosa le intimidaba, y la pobre abandonada no tenía otro pasatienmpo, que el de hojear las pesadas páginas iluminadas de los viejos misales, mostrar sus tapices á los personajes que la visitaban ó recibir la visita de los fabricantes de telas y de los joyeros que venían á someterle, los unos combinaciones de dibujos y matices, y los otros modelos de jarrones brazaletes y collares. Tales eran las horas claras en medio de su triste aislamiento.

En el gineceo ensombrecido por las vidrieras de colores de los ventanales, las damas de servicio se morían de fastidio y cantaban á la sordina para tratar de distraerse ó jugueteaban en los rincones estallando en risas ó rascaban sus instrumentos de cuerdas sin que las escuchara la real sordo muda.

La princesa Otilia estaba una mañana á la hora del alba, de pie en la ventana con las manos apoyadas en el reborde de mármol de la baranda: sus miradas no trataban de distinguir las cúpulas y campanarios detras de los follajes de las palmeras y cipreces. No, la princesa Otilia miraba ahora, con singular atención al pie mismo de la torre hácia espeso, cespedi salpicado de clemátides y jasmines.

Tres hombres acababan de entrar al jardín, tres jóvenes desconocidos: un señor y dos músicos. Estos eran un tocador de flauta y un tocador de viola, esa viola particular llamada viola de amor, cuyos sonidos vibrantes no se exhalaban sino cuando acariciaba el arco las cuerdas. El joven señor se había sentado en un banco circular y desplegando un pergamino escrito que llevaba en la mano hizo un signo á sus compañeros. La princesa les veía á los tres como en el fondo de un pozo, descoloridos por la sombra azulada de los cipreces, veía al tocador de flauta llevar su instrumento á la boca y el otro músico apoyar su viola en el hombro.

El joven señor ritmaba las pausas, oscilaba el busto, indicaba las repeticiones musicales, seguía las cadencias y Otilia veía que abría la boca, cantando evidentemente frases que ella no escuchaba.

Ensayaban alguna serenata, algún galante concierto destinado á alguna bella dama adorada por el jóven del manuscrito. Y seguramente habían escojido ese lugar solitario para ensayar con toda seguridad esa serenata de amor. A juzgar por la cara emocionada del señor, sus pupilas húmedas y el aire de extasis, letra y música debían ser de su propia composición.

Nunca sintió más amargamente la princesa la crueldad de su dolencia que en esta ocasión, en que no podía oir la melodía ni cojer el sentido delicado de la letra. Todo en este joven desconocido, su actitud apasionada, su ardiente palidez y hasta sus elegantes y flexibles movimientos y sus ojos húmedos la atraían; habría deseado conocer á la dama de la corte á la cual dirigía el tierno epitalamio, pues seguramente no era á ella á quien dedicaba esa música de alborada y esas canciones: el galán había escojido con acierto el sitio para ensayar su obra en el silencio y tranquilidad del jardín solitario de la princesa sordo-muda...Sordo-muda! y una angustia profunda laceraba su corazón.

Una de las damas de la servidumbre se aproximó á la ventana y vió á los tres hombres en momentos en que abandonaban el jardín pero logró reconocer al joven señor.

Era Beppino de Fiesole, el favorito actual del príncipe y de quien se decía que acumulaba todos los altos empleos de la corte, aun el de amante de la bella duquesa Catalina de Aydagues, querida del Delfin.

En la noche siguiente la princesa Otilia vió en sueños al hermoso desconocido y á los dos músicos del jardín pero; oh milagrosa maravilla! las dulces sonoridades de los instrumentos llegaban á ella, una música deliciosa la invadía los oídos, la sumergía en un estupor agradable, la arrobaba en extasis y la hacía al mismo tiempo desfallecer y reaccionar con súbitos ardores y extremecimientos de su ser al fin abierto á la vida.

Al día siguiente, hacia las cuatro, una sensación de caricia y de dulzura, hasta entónces no experimentada la urgnió en el lecho y la llevó casi inconsciente á la ventana que daba sobre el parque.

Los tres hombres de la víspera ya estaban allí: el hermoso Beppino de Fiesole sentado en el banco y los dos músicos delante de él. Flauta y viola de amor preludiaban una lánguida barcarola, y al compás de la danza ardiente el señor Beppo entonaba suplicantes frases, querellas mezcladas á elogios en honor de una dama. Y la sorda real comprendía el sentido de los versos y sentía entristecida el alma porque las rimas y la música se dirigían á otra. Y su corazón de pronto iniciado en la vida pasional adivinaba que esos versos eran instancias de amor.

Los versos del señor florentino celebraban los cabellos sedosos y lucientes de una bella insensible, de carnes ambarinas y trasparentes como la de los racimos; celebraban los versos las rosas frescas y húmedas de los labios de una dama de pupilas de acero y penetrantes como dagas; y sin comprender bien el sentido de las palabras la princesa Otilia cotejaba el decir de los versos y sus cabellos negros y brillantes, el tinte mate de su piel y el color azulado de sus pupilas que, con el brillor de turquesas enfermas, le sonreían desde el fondo de un espejo que instintivamente había cojido de una mesa al dirigirse á la ventana. Cuando volvió á sumergir sus miradas en el jardín vió que el joven señor había levantado la cabeza y la miraba.

La princesa se ruborizó y retrocedió. No obstante al día siguiente regresó á apoyarse en la ventana. El señor Beppo y sus músicos estaban ya instalados en el bosque de cipreses, y flauta y viola suspiraban lánguidamente sus melodías.

Pero loh prodigio! la música no era la misma. Imploraba más persuasiva y más tierna y la princesa sorda oía; los versos también habían cambiado. No celebraban los ojos grises de una hermosa de piel ambarina sino las pupilas de agua muerta de una belleza lunar de cabellos de tinieblas. El cantor tenía los ojos fijos en ella, y la

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

princesa enervada de emoción no consultaba ya su espejo. En la noche su sueño estuvo poblado de visiones delirantes.

Poco después, una noche, el príncipe Alejandro recostado sobre cojines de terciopelo de Génova y alfombras de Scutari, acariciaba negligente las sedosas trenzas de la bella Catalina.

—Que se hace nuestro amigo Beppo?—preguntó con aire indiferente la duquesa.

El príncipe heredero de Sicilia contestó con lengua estropajosa por la acción del vin:

—Nuestro Beppo debe tener alguna locura en la cabeza. No encontráis que nos descuida demasiado en estos últimos tiempos?

—Y por qué se había de tomar la molestia de hacernos la corte? No es el favorito predilecto de vuestra alteza? Le habéis hecho conde y gobernador de Cerdeña; tiene carta abierta para hundir sus manos en vuestros cofres y puede aspirar á todo. ¿Querréis creer que ha pretendido hacerme su querida?

—Como! Se ha atrevido?....

—Y durante una semana no ha procurado otra cosa. Qué tiene de extraño? No es después de Vuestra Alteza el más cumplido caballero del reino?.... Pero nuestro florentino tiene miras más altas; y hace oir á los sordos y hablar á los mudos.

—¿Qué quereis decir?

—Nada, monseñor, que no sepa toda la corte, con excepción de Su Majestad y de vos. Id á pasearos con vuestros servidores mañana á la hora de la siesta, por el jardín privado de la princesa.

—¿Otilia, mi hermana? Bella duquesa de Aydagues, Catalina, amiga mía, vuestra cabeza me responde de vuestras palabras, si habeis mentido.

Dos noches después la princesa Otilia tuvo una espantosa pesadilla. El hermoso conde de Fiesole acompañado de sus músicos la daba la cuotidiana serenata. La canción subía ardiente y apasionada; y Otilia pendiente en la alta ventana, desfallecía de gozo oyendo los armoniosos requerimientos de amor..... cuando de improviso el gentil cantor se puso densamente pálido bajo la sombra de los cipreses. Vaciló y palideció más aún; la viola también enmudeció ó fué que ella volvió á ser sorda. Y la princesa se despertó fría, con una gran angustia en el corazón.

En la mañana cuando se levantó, un paje con la librea del rey pidió ser introducido ante ella y depositó en manos de las damas de servicio, un curioso cofre de Venecia engastado de perlas y esmaltes. La princesa lo abrió con ansiedad y encontró colocada sobre un cojín de seda la cabeza aún caliente con los ojos congestionados y feroces del florentino Beppo. Ante ese terrorífico cuadro fué la princesa Otilia atacada de una fiebre alta de la que murió en la noche.

Así murió la princesa Otilia, por haber escuchado las canciones de la viola de amor.

JEAN LORRAIN.

Pegaso

Cuando iba yo á montar ese caballo rudo
y tembloroso dije:—La vida es pura y bella.
Entre sus cejas vivas vi brillar una estrella.
El cielo estaba azul y yo estaba desnudo.

Sobre mi frente Apolo hizo brillar mi escudo
y de Belerofonte logré seguir la huella.
Toda cima es ilustre si Pegaso la sella,
y yo, fuerte, he subido donde Pegaso pudo.

Yo soy el caballero de la humana energía,
yo soy el que presenta su cabeza triunfante
coronada con el laurel del Rey del día;

domador del corcel de cascos de diamante,
voy en un gran volar con la aurora por guía,
adelante en el vasto azur, siempre adelante!

Urna votiva

Sobre el caro despojo esta urna cincelo:
un amable frescor de inmortal siempreviva
que decore la greca de la urna votiva
en la copa que guarda rocío del cielo;

Una alondra fugaz sorprendida en su vuelo
cuando fuese á cantar en la rama de oliva,
una estátua de Diana en la selva nativa
que la Musa Armonía envolviera en su velo.

Tal si fuese escultor con amor cincelara
en el mármol divino que brinda Carrara,
coronando la obra una lira, una cruz;

y sería mi sueño, al nacer de la aurora,
contemplar en la faz de una niña que llora,
una lágrima llena de amor y de luz.

RUBÉN DARIO.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Fábula Abisinia.

Al entrar en un barrio indígena de una ciudad oriental, ó simplemente en una aldea árabe, al transponer el sol y en día festivo, es casi imposible que no os pareis ante uno de los muchos corros en que hombres y mujeres, jóvenes y chicos, no estén pendientes de los labios de un viejo narrador ó poeta, y que con el movimiento de la cabeza y de los rasgos todos de la movible fisonomía no den señales de loca risa ó de candorosa admiración provocadas por el asunto que en forma enfática y fantástica cuenta el viejo.

Tendencia tal hacia lo novelesco se marca más enérgicamente en aquellos pueblos, como el Sudán y la Abisinia, en que se carece en absoluto de literatura escrita.

Vana tarea la de buscar en todo el Sudán un solo *scheit* (jefe de tribu) que posea un libro. Uno entre diez podrá tener, si acaso, un ejemplar del Korán, pero el resto de la biblioteca se compone de alguna docena de tabletas en que groseramente hay grabados versículos del santo libro.

En una aldea de la tribu Debania, situada en el Atbara (Nilo negro), hallé una vez algunos volúmenes de la dicha biblioteca. Me explicaré mejor: lo que encontré fué algunas de aquellas tabletas colgadas de las ramas de un álamo, que á un tiempo servía de biblioteca popular y de escuela.

No tuve escrúpulo en apoderarme de un par de tablillas que hoy figuran en mi tesoro etnográfico.

No fuí del todo exacto afirmando en absoluto que los abisinios carecen de literatura escrita. Existen en algunos antiguos conventos abisinios, viejos codices en lengua *ghez*, pero están celosamente guardados por los monjes, los cuales tienen la consigna de cuidar de la virginidad de la sagrada capa de polvo que los cubre.

La historia, la ley, la tradición, la leyenda, los cantos populares, las creaciones de la fantasía..... se trasmiten de labio en labio.

Hoy quiero daros muestra de la fantasía abisinia, reconstruyendo fielmente, y de memoria, una fábula que oí en Keseu, en la tribu de los Bogos.

Aparte de que la fábula es por sí interesante, según mi opinión, servirá para probar que, aunque los etiopes son un pueblo decadente, poseen finura de análisis, sentido irónico é instinto de oculta desconfianza con que llegan por modo no muy común al fondo del corazón humano.

Oid, sin más, la fábula:

Erase una vez,—como dice el comienzo de todos los cuentos en todas partes.—un hombre que yendo de viaje por un bosque llegó á una llanura, en la que vió una choza que era presa de las llamas.

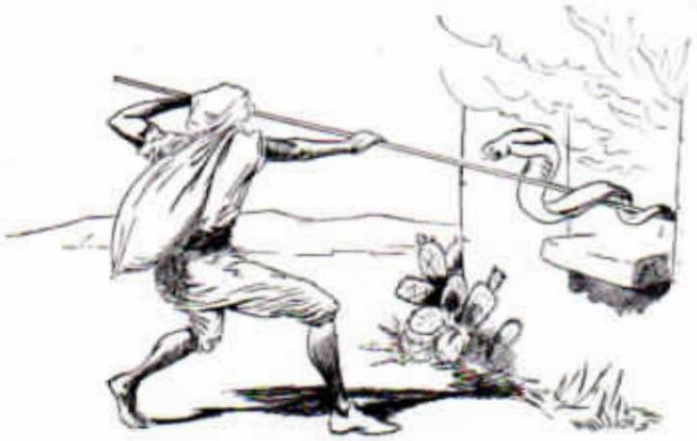
Llegóse á ella y vió una enorme serpiente que buscaba la salida, porque estaba á punto de quemarse. Movido á compasión, la alargó la lanza, la levantó en alto y, como el bicho estaba medio muerto, lo guardó en un saco que á la espalda llevaba.

Siguió su camino alejándose del sitio del incendio, y cuando se creyó á cubierto de éste se detuvo, abrió el saco y dió suelta á la serpiente.

Apenas ésta se vió en libertad volvióse al hombre é intento devorarlo.

— ¿Qué haces? preguntó el viajero.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América



—Quiero comerte, contestó la serpiente.

—¡Cómo! ¿Y te he salvado la vida para que me pagues con semejante ingratitud?

—No entiendo de razones. Tengo hambre, eres carne y quiero hacerte mi alimento.

Y se dispuso á poner por obra su intento.

—¡Pero esto no es justo! exclamó el hombre intentando como supremo recurso tocar en la serpiente la fibra de la equidad.

No se engañó: la serpiente vaciló, y viendo el hombre tan buena disposición, cobró valor y dijo:

—Sometamos la diferencia á ajeno juicio.

—¿Al juicio de quién? preguntó la culebra.

—Ya encontraremos alguno.

—Corriente, el primero que encontremos servirá de juez.

—Pero yo no puedo someterme al juicio de uno solo, sino de varios. Preguntemos á tres, á los tres primeros seres que hallemos, y si opinan que tienes razón devorándome, me someteré.

—Convenido, replico la serpiente poniendo de mala gana un candado al hambre.

—Jurémoslo.

—Está.

Y echaron á andar.

El primer ser viviente que hallaron fué un león, que fué de parecer que, puesto que la serpiente era la más fuerte, debía valerse de este derecho de la fuerza sin hacer caso de la fuerza del derecho.

—Cómetelo y no retardes ese placer, añadió.

—Gracias por el voto, dijeron hombre y serpiente.

Dieron más adelante con un asno, el cual dijo después de interrogado.

—Devóralo sin esperar, y si yo pudiese hacer pasar á todos los hombres por tu boca lo haría; es una raza inícua que domeña á todos los animales, y después de sujetarlos á la dura labor los mata, descuartiza y come.

—¿Has oído? dijo la serpiente. Tengo asegurada la mayoría de votos; sea cual fuere el del tercer juez, perteneces á mi estómago.

—¡Un momento! exclamó el hombre temblando, pero con esperanzas de retardar breves instantes la hora suprema. Habíamos hecho el juramento de tres jueces, falta el tercero, busquémosle.

Buscaron y se encontraron con una zorra, que oyó con atención el pleito y no tardó en convencerse de que la razón estaba de parte del hombre. Pero no dejó ver de pronto que así opinaba, pues por algo gozaba fama de astuta y solo mostró interés en el caso.

—La cuestión me parece grave, y para dar opinión imparcial es necesario, no sólo el relato del hecho, sino la manera como se efectuó. Tú, hombre, haz de ver en qué forma levantaste con la lanza á la serpiente.

El hombre repitió la maniobra de la cabaña.

—Perfectamente, prosiguió la zorra; veamos ahora cómo te las compusiste para meter la serpiente en tu saco.

Con consentimiento de ella, procedió el hombre á meter en el saco la serpiente.

—Muy bien, prosiguió la zorra. Solo falta saber la manera como ataste la boca del saco.

El hombre ató el saco de forma igual á la que empleó antes de cargar con la serpiente, y cuando estuvo hecho:

—¡Ciego que tú eres! exclamó la zorra. ¿Por qué no

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

cogiste un peñasco y aplastaste la cabeza de este ingrato animal?

El hombre dió un golpe en la suya, dolido por no habérsele ocurrido la idea.

—¡Ciego y más que ciego! repitió la zorra. ¿Por qué si antes no lo hiciste, dejas de hacerlo ahora?

Haciendo un esfuerzo de inteligencia comprendió al fin el hombre lo que la zorra decía, y cogiendo una gruesa piedra dió con ella sobre la serpiente y la mató.

Hecho esto, no olvidó el hombre demostrar su agradecimiento á su salvadora.

—Acepto tus muestras de gratitud, dijo la zorra, y espero que en premio por haberte salvado la vida no vacilarás si te pido una gallina de tu corral.

—De buen grado, dijo el hombre. Ven á mi choza.

Una vez en ella, y ya en seguridad, ya por impulso propio, ya por consejos de su mujer, ello fué que en vez de entregar á la zorra lo prometido, la echó brutalmente á puntapiés.

La zorra se alejó moviendo la cabeza y diciéndose amargamente:

—Soy muy estúpida para ser zorra. ¡He olvidado que todos los hombres son iguales!

GUILLERMO GODIO.

LIRA ANTIGUA

Los pies hollando el plinto de mármoles paganos,
la frente desflorando la rubia luz del día,
el dios Apolo eleva la lira entre las manos
y en ella el milagroso poder de la armonía.

Bajo los dedos sabios de juego diligente
en el que va cautivo todo el heleno coro,
como un intercolumpio de luz resplandeciente
melódicas se alargan las cinco cuerdas de oro.

En una va del mundo la expléndida alegría,
en otra va lo amargo del hondo sentimiento,
en otra el entusiasmo, y en otra la energía
y en otra la centella sublime del talento.

Son cinco inmensos ríos las cinco cuerdas bravas
que abarcan el contorno gigante del planeta;
y como en ellas vidas y cosas van esclavas,
encierra el Universo, la lira del poeta.

Oid del dios olímpico los labios musicales
que las abejas áticas llenaron de poesía
libada en las corolas de griegos romerales
allá donde el riente Céfiso se deslía.

Oid su lira excelsa. Su seno melodioso
está lleno de abejas que, al son que van cantando,
divinas elaboran con zumo delicioso
estrofas con los versos de mieles goteando.

Poned contra la lira la rosa del oído,
del lado adonde lleva los líricos alambres;
Apolo de una rama colgóla como un nido
y se llenó su seno de músicos enjambres.

Va en ella de Teocrito la estrofa soleada
que vuela por las pámpanas del cálido horizonte,
entona Safo ardiente su queja apasionada
y eleva un loco brindis el ébrio Anacreonte.

Modula en ella Píndaro sus himnos exaltados,
Bion y Mosco tañen el sistro placentero,
y va en las reales águilas de versos consagrados
atravesando siglos la voz del gran Homero.

Oid la lira griega; sus versos inmortales
del sol llevan y savias las sílabas repletas;
¡oid, que en vez de abejas que labren los panales,
en su interior van coros sublimes de poetas!

Los pies hollando el plinto de mármoles paganos
la frente desflorando la rubia luz del día
el dios Apolo eleva la lira entre las manos
y á ella el milagroso poder de la armonía.

SALVADOR RUEDA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

CANCION DE VIEJO

A Raimundo Morales de la Torre

Pálida te estás poniendo
yo no se por qué.
¿Estás enferma ó muy triste?
aún no lo sé.

Las rosas de tus mejillas
pierden su color;
y tus ojos están llenos
de un leve langor.

Tienes muy grandes ojeras
y una languidez
que mis ojos no han mirado
ninguna otra vez.

Recuerdas? Yo era tu amigo,
tocaba el violín,
me oías todas las tardes
desde tu jardín.

Poco á poco, día á día
nació esta amistad;
así florecen las cosas
de casualidad.

Veo que ya se marchita
esa rosa té;
pálida te estás poniendo
yo no sé por qué.

Todo ésto me dá tristeza,
ya también cambió
aquel rosal preferido
que se marchitó.

Ese pequeño arbolillo
ya su fruto da;
cuando también yo haya muerto
todo cambiará.

Ya no vendré por las tardes
hacia tu jardín;
sé que en la noche y de lejos
te gusta el violín.

Todo, todo lo ignoraba,
jamás lo pensé,
ni nunca creí que fueras
cual la rosa té.

Mañana también la vida,
creerlo pena da,
como á ese rosal florido
te marchitará.

Yo siempre hubiera deseado
vivir junto á tí,
más ya no es mío tu aroma:
la vida es así.

Antes niña te alegrabas
al verme llegar;
y hoy que vuelvo de otras tierras
no puedes hablar.

Celeste era la mañana
cuando te dejé,
iba la noche cayendo
cuando regresé.

La senda estaba desierta,
la fuente cantó,
cuando pasé junto al parque
la luna asomó.

En mi violín toqué un aria
para recordar,
un rumor de hojas que caen
me cantó al pasar.

Yo esperaba ingenuamente
fueses donde mí,
aguardé que me llamaras,
pero no fué así.

La fuente siguió cantando,
la luna se fué.
por vez primera en mi vida
cuanto sollocé!

Yo te traía el pasado,
tu alegre vivir;
hoy veo que estabas presa
de tu porvenir.

Tu tristeza me ha dejado
sin saber qué hacer;
la vida tuvo que herirme
para comprender.

Adios! Tu me has enseñado
que amargo es vivir,
yo ignoraba, niña, todo
todo, hasta sufrir.

Adios! Mi música muere
¡qué tarde lo sé!
Pálida te estás poniendo
yo no sé por qué.

José GALVEZ.

Lima, marzo de 1907.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Universidad Mayor de San Marcos

1907

Dr. Ramón Ribeyro (Facultad de C. [illegible]) **Dr. [illegible]** [illegible] **Dr. Lizardo Alzamora** (Facultad de Jurisprudencia)
Dr. Federico Villarreal (Facultad de Ciencias) **Dr. Luis F. Villarán**, Rector de la Universidad. **Dr. J. Prado y Ugarteche** (Facultad de Letras)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Lima al vuelo

La semana Santa trae consigo aparte de emociones suaves y consoladoras para el espíritu, sensaciones intensas y coloridas para la vista. En ella se realizan ceremonias que no sólo tienen un gran significado sino la belleza, armonía y solemnidad más admirables.

Qué acto más imponente que el efectuado por el cabildo metropolitano en esos días y conocido con el nombre de la «Reseña»?

Evócase allí la edad media de los caballeros cruzados, sobre los cuales ondeaba la bandera de la fé, y los canónigos con sus grandes capuchas de terciopelo negro rezongando proféticos latines, caídos de bruces sobre las baldosas del presbiterio, erguido el uno, empuñando la bandera en cuya amplia y ondulante negrura detona la gran cruz escarlata, infunden no el recogimiento de esa religión sencilla de los curatos de aldea, sino el complicado y faustuoso pavor de los terribles castigos, de las tonantes, venganzas celestiales que resonaron en los oídos de Moisés; el pavor del infierno y la de *Gehénna*. Se realiza esta ceremonia por la mañana y mucho le quitan el brillo y frescura matinales de una grandiosidad que abultaría grandemente amparada en la penumbra de la tarde ó en la tiniebla nocturna. Con todo es magnífica y en la catedral la amplitud de las naves, las talladuras del coro, las severidades de la caoba, la ennoblecen y solemnizan.

⁂

Cuan distinta, sencilla y patriarcal la misa de Ramos y demás oficios cuaresmales en el Barranco! Allí desaparecen por completo los quejumbrosos cantos que parecen salidos de esos labios de Isaías quemados por un carbón ardiendo de que habla la escritura. Apenas si hay un melodio, dos ó tres altares sin aparato, y una desmayada pintura azul en el techo. La cátedra no tiene dosel á lo que creo. La cancela de entrada es de vidrios baratos y no esa encristaladura polícroma que hace tan bellos juegos sobre los rostros cuando la hiere el sol. Los *vitrails*, son ingenuos y escasos, pero todo tiene una encantadora frescura y limpieza y no se si un Jehová menos inclemente y ceñudo que el de la catedral abandona allí sus fulmíneas potencias y sus tablas terroríficas para infundir confianza.

Y en esta iglesia parroquial situada en un repliegue de la costa, se han deslizado apaciblemente los oficios canturreados con la voz cascada del cura, anciano encorvado y atraído ya por la tierra y por la eternidad.

¿Quién no conoce al cura del Barranco? Es el tipo del asceta, envejecido en la sobriedad y el ministerio austero. Tiene fama de santo, de mártir, dicen que se macera y que los cilicios no le dejan tener en pie. Es propietario de ranchos espaciosos y elegantes y sin embargo como el huésped del Escorial no duerme en cama sino en un sillón de baqueta.

⁂

Pero la nota, el *clou* de la cuaresma ha sido la procesión del Viernes Santo que nos ha vuelto á los tranquilos primeros tiempos de la república. El gentío ennegrecía todas las calles cercanas á la iglesia de Santo Domingo, con la cohesión de un aprisco en día de helada. Qué significa el despertar de esta vieja costumbre? Creo que más que á un romanticismo suscitado por literaturas, se deba á la intervención de un espíritu empeñado en reforzar un entusiasmo piadoso que según afirman languidecía.

MASCARILLA

CRONICA DE LA QUINCENA

"A través de un prisma"

Pasó la Semana Santa, y pasaron con ella las procesiones, celebradas esta vez con gran solemnidad. Las iglesias han vuelto á encender los altares, cubiertos en cuaresma por enlutada cortina. Las limeñas cruzaron con paso rápido por las amplias naves de los templos, dejando en uno el perfume de una plegaria, llevándose de otros el recuerdo de la frase mística del orador en moda, para cambiar hoy la enlutada vestimenta de aquellos días por el traje alegre de las diversiones del presente.

Lima ha recordado sus antiguos tiempos de religioso criollismo; por sus calles ha discurrido una multitud, llena de mística unción, acompañando la procesión del Santo Sepulcro, escuchando en las iglesias los sermones de *tres horas* y llevando á todas partes un hálito de recogimiento y tristeza.

Pero pasó el Viernes Santo; el Sábado de Gloria nos trajo con sus matinales campanadas un renuevo de esperanzas; y las limeñas, que días antes oraban arrodilladas en las frias lozas de los templos, vistieron los trajes claros de las reuniones mundanas, para acudir al baile de los esposos Vernal García en un desfile lleno de galante elegancia.

BAILE VERNAL-GARCIA—La cuadrilla Foto. Lund

Fué aquella una fiesta adorable. En el amplio *hall* de

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

la residencia de los esposos Vernal, triunfaba la belleza de muchas niñas, mientras tras un macizo de flores los violines sollozaban el *ritornelo* de «Quad l'amour meurt»..., el *vals* de los amores que mueren, en una danza realzada por la presencia de Manuelita Vernal, María Olavegoya, Rosa Heudebert, Sara Venn, Rosita Gubbins y otras más, cuyo nombre es símbolo de distinción y gracia.

BAILE VERNAL-GARCIA — El cotillón

A la hora del cotillón los patios, terrazas, y salones de la casa fueron invadidos por la alegre multitud, que escoltó á la reina, con una procesión en la que los sombreros *bergeres* de las damas, y los quitasoles de los asistentes parecen al reflejarse en los espejos, una floración de colorido y luz.

BAILE VERNAL-GARCIA — La cena Fotos. Lund

Una vez más recurrimos á la benevolencia de nuestros lectores para que excusen el retardo con que ha aparecido este número de PRISMA y que nos obligará á retardar un poco la salida del siguiente. Ofrecemos seriamente que con el próximo número terminará esta serie de demoras á que nos han forzado los trabajos de initalación de las nuevas y grandes maquinarias llegadas recientemente y en las que la impresión de esta revista quedará muy simplificada. Nuestros nuevos talleres quedarán, pues, á principios del próximo mes en condiciones no solo de permitirnos la puntualidad, sino la publicación semanal de PRISMA.

Nuestra información gráfica

En la quincena que expira se han realizado numerosos casamientos. En el seno de la sociedad limeña se han abierto muchos hogares y los templos aristocráticos se han adornado de fiesta para recibir bajo sus naves las preces de las desposadas, las plegarias de una concurrencia nupcial numerosa y selecta. El señor Carlos Ortiz de Zevallos, de antigua y linajuda familia, y la señorita Margarita Paz-Soldán y Valle-Riestra contrajeron matrimonio el 17 del actual, habiendo de este modo iniciado la serie de enlaces que terminó el 31 del presente el matrimonio del señor Felipe Chávez con la bella señorita Lily Blacker. A estos dos enlaces tenemos que añadir los

Enlace Jourjon-Buffet Foto. Courret

Enlace Torres Lara-Ampuero Foto. Moral

Foto Moral

Enlace Robertson-Pendevis Fot. Garreaud

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Enlace Larayssiere-Buffet Fot. Courret

casamientos J. H. Robertson–Alida Pendevis, Jourjon–Buffet, Larayssiere–Buffet y Teodosio Torres Lara–Dina Ampuero, realizados, todos ellos en el trascurso de la presente quincena.

Sr. Manuel Freyre Santander Fot. Moral

Recientemente se ha verificado con motivo de las crecientes de los ríos tan frecuentes en el Perú en esta época del año, una inundación en el pueblo de Ambo, distrito de la provincia de Huánuco. Como es sabido Ambo está situado en el punto de confluencia del río Huallaga con uno de sus afluentes. El aumento de caudal de aguas hizo desbordar las aguas de los dos ríos confluentes y originado la inundación que casi ha cubierto el pueblo y

Vista del pueblo de Ambo

Una de las zonas inundadas

Avance del río

Reformas para contener la inundación

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

LA VELADA EN HONOR DE CARDUCCI EN EL LOCAL DE LA BOMBA "ROMA"

ASISTENCIA OFICIAL DEL JUEVES SANTO Fotos. Land

malogrado los sembríos de tan rico distrito. Publicamos cuatro vistas del teatro de tan sensible suceso, tomadas últimamente por el ingeniero señor Paz Soldán, quien ha tenido la bondad de remitírnoslas

Un nombre más en la lista de los fallecidos humildemente, después de una vida dedicada al ejercicio austero del deber. El señor Enrique Cayo y Tagle, cuya figuración en la política, en el magisterio y en el periodismo, es sobradamente conocida, ha muerto dejando en sus discípulos el hermoso recuerdo de su ejemplo y enseñanzas.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

La procesión del Santo Sepulcro

Procesión del Santo Sepulcro. Conducción de la Urna

La urna del Santo Sepulcro Fotos. Lund

También ha fallecido en su Hacienda «Llaguén» del Departamento de La Libertad, el señor Carlos Prentice, dejando, con su casi repentina muerte, un triste vacío en el seno de sus numerosas relaciones sociales.

Ha partido á hacerse cargo de su puesto de Secretario de 1ª clase de la Legación del Perú en Washington el señor Freyre Santander que desempeñaba nuestra representación diplomática en la República de Colombia.

✣ Dr. Enrique Cayo y Tagle

El 23 del mes corriente tuvo lugar en el local de la Bomba «Roma» la velada en memoria del poeta italiano José Carducci, fallecido recientemente en Bolonia.

En dicha velada el señor doctor Emilio Sequi, hizo honor á los ilustres méritos del extinto, en un discurso que mereció las felicitaciones de los asistentes.

✣ Sr. Carlos Prentice

Después de más de setenta años se ha realizado el viernes santo la antigua procesión del Santo Sepulcro que despertaba tanta unción y era objeto de grandes preparativos y preocupaciones entre las antiguas limeñas y devotos del coloniaje. Los más encopetados señorones y todas las damas de la aristocracia antigua prestaban su

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

concurso para el lucimiento de esta ceremonia religiosa. No obstante que los tiempos han cambiado y que las gentes disponen hoy de menos tiempo que dedicar á las fastuosas ceremonias del culto la procesión del Santo Sepulcro, resucitada este año, ha sido bien lucida, reinando el mayor orden y compostura. Sentimos que lo avanzado de la hora en que se verificó no haya permitido á nuestro fotógrafo tomar mayor número de vistas, para una información gráfica más completa que la que hoy ofrecemos.

Tenemos hoy el honor de publicar el retrato de Monseñor Angel María Dolci, el nuevo delegado apostólico en Lima.

Los honrosos antecedentes de Monseñor Dolci hacen preveer que su actuación al frente de la delegación del Vaticano será fecunda en resultados benéficos.

Con los decanos de las Facultades de Medicina y Letras, doctores, Manuel C. Barrios y Javier Prado y Ugarteche, recientemente elegidos, publicamos hoy las fotografías de los decanos de la facultad de Jurisprudencia, Ciencias, y Ciencias Políticas, que este año acompañarán al Rector de la Universidad en la tarea de dirigir el primer centro intelectual de la República.

La modestia del señor decano de la Facultad de Teología nos priva de ilustrar con su fotografía la página universitaria.

Marzo, 31 de 1907.

ZADIG.

LAS REGATAS DE CHORRILLOS

«LA COPA» DE 1907

Las regatas de este año, en el club Lima de Chorrillos, han revestido excepcional interés, tanto por disputarse en ellas «La Copa de 1907», como por tratarse de dos tripulaciones que representaban elementos opuestos.

Era un desafío lanzado con todo entusiasmo por los bogas nuevos contra los viejos campeones, que hacía tiempo se habían alejado de la dirección del club, siguiendo de lejos á las nuevas generaciones que los reemplazaban en el puesto, que ellos ya habían dejado por orden de antigüedad.

Todos los aficionados á esta clase de sport esperaban con gran ansiedad el estreno del nuevo elemento del club Lima que debía representar en adelante sus colores; y ninguna oportunidad más aparente para ese ensayo que la que ofrecía la tradicional copa, y ninguna prueba más atrayente y decisiva que presentarlos contra los vencedores de otros años.

Comprendiéndolo así el Presidente formó las dos tripulaciones del «María Delia» y del «Ernesto Placencia» con los mejores sportmen de los dos grupos.

Los que habían presenciado las preparaciones de ambos guigs, si les concedían más ligereza y precisión al uno encontraban mayor training y resistencia en el otro. Todo hacía esperar un encuentro sensacional, y en el fondo de todas las opiniones se encontraba un punto de marcado optimismo hacia la tripulación del «Ernesto Placencia» que tripulaban esos cuatros mozos fuertes y arrogantes, que se señalaban como obligados á recibir la gloriosa herencia de sus antecesores.

Llegó el día de la regata y, ante un gentío inmenso desfilaron los dos guigs llevándose cada uno, á la lucha, las simpatías y las esperanzas de sus partidarios. Ante la correcta posición de los bogas de «María Delia», la elegante agilidad de sus movimientos, la destreza de su boga, la viva y simpática sonrisa de sus tripulantes, que denotaba la confianza y tranquilidad de los veteranos acostumbrados á esos lances, se sentía uno inclinado hacia ellos, los representantes de la boga clásica de irreprochable presentación.

En cambio los tripulantes del "Ernesto Placencia" si no ofrecían la misma aparente y elegante suavidad de la boga, la misma cadencia y ritmo admirable de movimientos de los contrarios, presentaba, á su vez, mayor vigor en sus miembros, mayor energía y entusiasmo para la lucha.

Al sonar la campana de aviso para la partida, todos los comentarios cesaron; los dos guigs se lanzaban á la pesquisa del campeonato; un gran silencio dominó en los primeros instantes de la regata, todos los espectadores, contemplaban con viva ansiedad los movimientos preliminares del match.

De repente ese silencio se rompió y á los gritos de «mar» y «tierra» lanzados por los partidarios de ambas tripulaciones se veía á lo lejos, en plena lucha, los dos botes, que se levantaban sobre las olas, se perdían tras los tumbos, avanzaban con una velocidad vertiginosa al esfuerzo vigoroso de sus bogas.

El "María Delia", lado de tierra, se deslizaba velozmente, á boga larga, á 32 paladas por minuto, recto, con proa abierta, con una dirección irreprochable del timonel, aprovechando tumbos, dominando la carrera.

El "Ernesto Plasencia", lado de mar, avanzaba pesadamente, perdiendo terreno en constante zig-zag y vaivenes, á boga corta, de 36 paladas por minuto, sin seguridad en los remos, ni equivalencia en las paladas, á pesar de los esfuerzos desesperados del timonel por igualar y dirigir el esfuerzo.

No se necesitó mucho tiempo para convencerse de la superioridad que ofrecía la tripulación del "María Delia" sobre la contraria, y las ventajas constantes que le tomaba en la carrera.

Al aproximarse los dos botes en la misma línea, el "María Delia" pasaba con una considerable ventaja sobre el "Ernesto Plasencia", ventaja que fué aumentando conforme se acercaba á la meta, hasta obtener una victoria completa por más de tres cumplidos, en medio de grandes aplausos y aclamaciones del público.

Del resultado de esta regata, que ha puesto de manifiesto la gran superioridad de los antiguos bogas sobre los nuevos, y aceptado por el club "Unión" el reto que le lanzara el club "Lima", debe, este, buscar las tripulaciones que defiendan su prestigio entre el elemento antiguo y formar un grupo de viejos campeones sobre la base de los vencedores de La Copa de 1907, que unido á los otros que también permanecen, por ahora, alejados del sport, puedan hacer triunfar el celest y el blanco en los próximos grandes campeonatos de Otoño é Invierno, de Chorrillos y del Callao.

X.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

1 y 2 En la plataforma del Club.—3 La tripulación vencedora del «María Delia», momentos antes de disputar *La Copa*.—4 La llegada de *La Copa*.—5 En la plataforma.—6 Los señores Manuel Prado y Ugarteche, Fernando Ortiz de Zevallos, Eduardo Rodrigo, Enrique D. y Alejandro Barreda y Laos vencedores de la Copa.—7 De San Francisco instantánea.—8 Una tripulación vencedora.—9 Reparando un guig.

Foto. Lund

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

—Puesto que pertenecen á vuestra señoría.... respondió.

—¿Que me pertenecen? ¿Quién?

—¡Pues las cuatro! Konyé-Gul, Zura, Nazlí y Hadiyé.

—¡Que me pertenecen! repuse en el colmo de la estupefacción.

—Seguramente, dijo Mohamed, no menos asombrado que yo.....Su Excelencia Barbassou bajá, vuestro tío, cuyo eunuco tenía yo el honor de ser, me había ordenado que le comprase cuatro doncellas para su harén. Puesto que ha muerto, y Vuestra Señoría le reemplaza como amo....supuse...

—¡Ah!

Renuncio á traducirte la expresión de este grito que no pude contener. Puedes fácilmente adivinar los sentimientos que expresaba. Creí en verdad que iba á volverme loco. ¡Con que era cierto! ¡El sueño de las *Mil y una noches* me sorprendía despierto! ¡Aquel palacio original y suntuoso era un harén y yo era su dueño! ¡Aquellas cuatro Cherezadas, cuya divina juventud y cuyas fascinadoras gracias habían encendido un volcán en mi pecho, eran mis esclavas y sólo esperaban una señal ó un deseo de mi parte!

Mohamed, incapaz de comprender mi agitación, me miraba con aire entre azorado y consternado, cual si presagiase alguna desgracia. En aquel momento la criada griega le acababa de entregar las llaves. Había cuatro y me las presentó.

—Está bien, le dije. Déjame.

Obedeció, me saludó sin responder y salió.

Tan pronto como me ví sólo, no teniendo ya que contenerme, empecé á recorrer el salón como un loco y dí libre curso á la alegría que me ahogaba. Recogí sobre la alfombra una cinta olvidada por Konyé-Gul la estreché contra mis labios y luego llegó su turno á las flores que había por allí esparcidas y con las que habían jugado Hadiyé y Zura.

Supongo, Luis, que no esperarás que te analice las inauditas sensaciones que experimenté en aquel momento.... Lo que me sucedía rayaba en lo sobrenatural, y lo sobrenatural no se cuenta; además no recuerdo leyenda, cuento ó novela de nuestra lengua que haya planteado jamás una situación tan sorprendente como la en que yo me encontraba. Seguramente los rígidos burgueses que ofrecen como aguinaldo á sus hijas los *Cuentos* de Galand, ilustrados con las peripecias amorosas de califa de Bagdad, hallarían mi novela demasiado atrevida, tan solo porque la escena no se desarrolla en Persia ó en Samarcanda. Sin embargo mi historia es idéntica y la más pudorosa petimetra la leería sin pestañear si yo me llamase Hasán en lugar de Andrés.

III

Deseas conocer, estoy seguro de ello, todo lo que puede conmover el espíritu de un mortal en semejante circunstancia. Pues bien, escucha:

Cuando hube al fin logrado calmar algo mi exaltación, cuando me persuadí de la realidad de esta maravillosa aventura, me puse de codos en la ventana. Necesitaba respirar. En el castillo acababan de dar las doce, —¿Qué hacían ellas entretanto? ¿Pensaban en mí como yo en ellas? Púseme á contemplar aquellas cuatro llaves que me habían dejado Mohamed. Cada una tenía un diminuto letrero con una letra y un nombre: Nazlí, Zura, Hadiyé, Konyé-Gul. Mis ojos estaban aún llenos de su belleza. Por mucha que sea mi experiencia, sentíame á mi pesar turbado y casi estoy por decir tímido.... Después de las fascinaciones de aquella velada comprendí que amaba, amaba con amor extraño, súbitamente desarrollado, amaba con exuberancia, sin poder separar una de otra aquellas imágenes radiantes que se mezclaban en mi pensamiento como si no poseyesen más que una sóla alma. Gracias á mi certidumbre de igual posesión, las cuatro se completaban en mi ilusión como un solo ser, que exhalaba un perfume único de gracia, de juventud y de amor.

Todo esto debe parecerte extraño, y tienes tal vez razón; pero yo analizo, para comunicártelo, este encantamiento que me hace aun el efecto de un sueño. Ante la esperanza de los virginales deleites que me aguardaban, el tumulto de mis sentidos se confundía con cierta aprensión á la vez ansiosa y dulce. ¿Qué te diré en fin? Por muy sultán que fuese, mi corazón no se había visto nunca en semejante fiesta, y con frecuencia, como sabes, se había enamorado con menos motivo. De pronto ocurrióme la idea de que habían debido formar concepto equivocado con respecto al sentimiento de reserva que había mostrado hacia ellas. Según sus tradiciones de harén, sus usos y sus leyes; yo era legítimamente su amo y su marido; ¿no era posible que atribuyesen mi conducta á indiferencia ó á desdén? Perturbado por semejante reflexión, oprimióseme el corazón. ¿Qué iban á suponer? ¿Había yo de dejar para el día siguiente la tarea de disipar sus dudas y de justificarme por tan extraña frialdad que podía tener visos de desprecio? No bien me ocurrió esta idea, cuando experimenté un solo deseo, el de volver á ver á Konyé-Gul.

Conocía perfectamente la disposición de El Nuzá. En el centro del edificio hay una vasta sala circular que recibe la luz de arriba merced á una cúpula de cristal esmerilado, sostenida por columnas de mármol blanco. Entre las columnas hay colgadas lindas lámparas que difunden misteriosa claridad. Una vez allí escuché con atención. Todo estaba en silencio. Hallé fácilmente la mansión de Konyé-Gul; acerquéme y aplique el oído á la puerta. Oí cierto roce vago que me dió á entender que no se había acostado aún. Con la llave en la mano vacilé un momento antes de abrir. Al fin me decidí.

Imagínate una cámara perfumada, coqueta y rica á la vez, tapizada de seda de la India de vivos colores y alumbrada por la suave claridad de una pequeña araña de tres luces. Ante un gran espejo hallábase sentada Konyé-Gul y sus largos cabe-

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

llos caían hasta el suelo. Sus desnudos brazos alzados sostenían un peine de oro y tenía la cabeza algo inclinada hacia atrás. Al verme lanzó un ligero grito, se levantó de un salto y, llena de rubor, fijando en mí sus ojos ozorados, permaneció inmóvil y casi temblorosa. Comunicóme su turbación.

—¿Te he causado miedo?, le dije, tratando de serenarla voz. ¿Me perdonas el haber entrado de esta suerte?

No me respondió una palabra, pero bajó los ojos y se deslizó por sus labios una furtiva sonrisa. Luego, poniéndose la mano sobre el pecho, se inclinó.

—¡Konyé-Gul, amada Konyé-Gul!, exclamé conmovido hasta el fondo de mi alma por semejante acto de sumisión.

Y lanzándome hacia ella, la estreché entre mis brazos para disipar sus temores; la besé en la frente y, ocultando su rostro contra mi pecho, murmuró con adorable y púdico azoramiento:

—¡Has venido!

—¿Has podido imaginarte que no te amaba? dije, tan conmovido como ella.

A semejante pregunta, alzó la cabeza con indecible languidez y me miró fijamente.

Mi querido Luis, ¿no es cierto que el ideal comprende lo infinito y que el alma humana se cierne en regiones tan elevadas que las felicidades de aquí abajo no pueden saciarla?.... No quise abandonar el harén sin visitar también á Zura, Hadiyé y Nazli. Las pobres se creían desdeñadas y tuve que secar sus lágrimas.

Fácilmente comprenderás ahora que, gracias á las complicaciones del testamento de mi tío, no me ha sido posible disponer, durante cuatro meses, de un momento para escribirte. Te referiré los incidentes de esta sorprendente existencia, de este cuádruple amor de que me siento poseído, hasta el punto de ser sincero en todas mis efusiones. Dada la mediocre esfera de tus sensaciones limitadas, puedes decir, si te parece, que todo esto es una locura. Amo y adoro como poeta, como pagano, como te plazca, pero ¿qué quieres que haga? Mi tío, que era musulmán, me ha legado un harén, y yo debo honor á su herencia.

Si tus trabajos te dejasen algún momento de vagar, te anuncio que no pienses en venir por Ferouzat. ¡Qué quieres, nosotros los sultanes somos así! Ellas arden en deseos de ver á París, y podría suceder que llegue yo uno de estos días.

Creo inútil recomendarte que ocultes cuidadosamente esta carta á tu esposa.

IV

Señora: seré verídico, confieso que soy de complexión amorosa,—algo más tal vez que un provenzal ordinario. Convengo en ello si así os parece, y no me he de avergonzar de semejante debilidad; pero también ruego á usted que crea que me gusta guardar las conveniencias y sentiría el más vivo pesar si por esta causa decayese en su estima. Ahora bien, por algunas palabras de delicada burla que se han deslizado como diminutas serpientes entre las floridas frases de pésame de su maliciosa carta, he podido comprender que, desprovisto de toda delicadeza, y á riesgo de cubrirme de confusión, ese miserable Luis me ha jugado una mala partida, leyéndole á usted las locuras que le escribí la semana pasada. ¡No lo niegue usted! El mismo lo confiesa hoy, sin pudor, en la carta que me escribe, y hasta añade "que usted se ha reído mucho." ¡Qué habrá usted pensado de mí, Dios mío!... Después de lo ocurrido, no me atrevería seguramente á presentarme ante usted, si no tuviese como excusa el deseo de declarar muy alto que toda esta historia es una pura leyenda, inventada para responder á impertinentes burlas acerca del testamento de mi tío Barbassou. Luis se ha dejado cojer en el lazo como un bobo. Hacerle á usted caer en él sería para mí la mayor vergüenza.

Señora: prefiero hablar con franqueza. Estoy muy lejos de ser el héroe de una historia de sultanes. Soy un honrado joven, amigo de la moral y el decoro, aunque usted me haya atribuído alguna vez el título de "original incorregible". Dígnese usted considerar, por otra parte, que sólo he pecado por exceso de ingenuidad. Supuse que Luis no enseñaría á usted mi extravagante epístola; pues le recomendé expresamente que no lo hiciese. Mi único crimen, en todo caso, consistiría en haber olvidado que una mujer de su ingenio puede leerlo todo, cuando posee el corazón y el marido que usted tiene.

En realidad de verdad, Señora, no sé por qué he de excusarme con tanta insistencia: estoy echando de ver que á fuerza de hacer mi apología, corro gran peligro de agravar mi falta. Después de todo, ¿qué he escrito sino un mísero episodio de esos cuentos árabes que, en las veladas de invierno, ha hojeado usted con mucha frecuencia, en compañía de otras niñas, con gran satisfacción de sus mamás? Reflexionando sobre el caso, comprendo perfectamente que si usted se ha reído, ha debido ser seguramente de lo flaco de mi imaginación. Ha recordado usted el palacio de oro y las cien mujeres del califa Harún Al Raschid... Pero dígnese usted tener en cuenta, le repito, que soy un pobre provenzal y no un sultán.

Observe usted, por otra parte, que por pura verosimilitud, así como por respeto al color local, tenía que resignarme con un harén bastante más sencillo y reducirlo á lo más extrictamente necesario. Semejante á esos colegiales que acaban por enamorarse seriamente de las heroínas que inventan, me he complacido de tal suerte en mi sueño, que, para saborear el encanto de la ilusión, no he querido exceder los límites de un capricho seguramente realizable.

Pero ya que me he dejado llevar de semejante locura, ¿no cree usted, si reflexiona en ello, que hubiera sido altamente sensible que no me hubiese ocurrido la idea de semejante novela... y sobre todo que se cortase en la primera página? ¿No es en verdad sorprendente que no haya pensado jamás en escribirla ningún autor? ¿No sería ésta á la vez la obra de un moralista y de un filósofo, digna al mismo tiempo de un poeta y de un erudito?

(*Continúa*)

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América